

F E D E R I C O      G A N A

Manchas

de Color



y Nuevos Cuentos

Párrafos Liminares, Selección, Biografía y Apuntaciones bibliográficas, por

JULIO MOLINA NUÑEZ

E D I T O R I A L      N A S C I M E N T O

# MANCHAS DE COLOR

(Poemas en prosa)

F E D E R I C O G A N A

# Manchas de Color y Nuevos Cuentos

Párrafos Liminares, Selección, Biografía y Apuntaciones bibliográficas, por

JULIO MOLINA NUÑEZ

EDITORIAL NASCIMENTO  
SANTIAGO 1934 CHILE

**BIBLIOTECA NACIONAL**  
**SECCION CHILENA**

Núm. 1395

Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento  
= Ahumada 125 =  
Santiago de Chile. 1934.

## PARRAFOS LIMINARES

*Manos filiales y blancas, las propias manos de las bellas hijas del artista, espigaron y recogieron, en su mayor parte, estos poemas romanescos que su orfebre bautizó con el nombre de «Manchas de Color».*

*En vida del eximio prosista estas «Manchas» no formaron libro, y casi no hubo necesidad de ello, pues eran sabidas de memoria por mucha gente, corrían con frecuencia de labio en labio, y se musitaban lo mismo a la luz feérica de regios salones que en una noche de campo bajo el esplendor medroso de las estrellas.*

*¿Qué son estas «Manchas»?*

*¿De dónde tomó esta expresión nuestro buen escritor Federico Gana? No lo sabemos a ciencia cierta. Pero conjeturemos un poco.*

*A raíz de la muerte de Carlos Pezoa Véliz, se publicó, año 1908, en una revista efímera y bohemía, un soneto de aquel malogrado poeta, titulado «Mancha», y en que el vigor de la idea se unía triunfalmente al colorido de las metáforas y a la energía de agua fuerte de la adjetivación.*

*Antes, en 1901, otra revista chilena, acogedora y modernizante, había publicado, bajo el título de «Manchas», una traducción de un micropoema del brasileño Antonio Austregésilo, en que era de admirar el fugitivo encanto de la concepción fantástica al través de frases y vocablos coherentes, y si decirse pudiera, de irisados matices.*

*¿Pero acaso los breves poemas en prosa de Gana tienen valor artístico y gustan sólo en consideración a este nombre genérico que él les diera?*

*Mil veces, no.*

*Todos ellos son la corporización adecuada de una idea sencilla y a la vez dinámica, cuando no de un sentimiento generoso y ennobecedor.*

*Son elevados estados de alma.*

*Gestos son de risueña vis cómica, o de fugaz intensidad dramática.*

*Embriones son ya de extensos y joviales romances, ya resúmenes de amargas cosas vividas.*

*O bien, poemas breves, aunque de organización completa y perfecta, como una chispa irisada al sol, como un corazón que palpita en plena vida, y ríe o sufre.*

*Todos desfilan, sugerentes, ostentando el cromo que el momento psicológico de la «Mancha» requiere, sea el reflejo verde de las esmeraldas, sea el matiz irisado de los ópalos, sea el fulgor de ensueño de las pupilas azules.*

*Al leerlos, se medita en cosas bellas, y cuando ya pasan evanescentes sentimos que dejan en lo íntimo de nuestro ser, junto con alguna emoción nueva, una sensación de espiritual alivio y de infinita dulzura.*

¿Y qué decir acerca de la forma de las «Manchas de Color»? Sólo que entrañando siempre intenso vigor poético están escritas en buena prosa: en una prosa delicada y emotiva que, artísticamente, vale tanto como las mejores pulidas estrofas. El lenguaje de nuestro prosista es sencillo y se despliega casi siempre en su sentido propio y natural. Jamás emplea vocablos incommunes, como si temiera oscurecer la nitidez de sus fugaces concepciones y de sus sedeñas frases. Hay lógica, pues, en inferir que nuestro aristocrático prosador ofrece su acervo de emoción espiritual en un vaso muy diáfano y con sencillez cincelado.

Bien lo dijo Benedetto Croce: «La poesía es el lenguaje del sentimiento como la prosa es el lenguaje de la inteligencia».

Este postulado de Estética, verdadero y concluyente, no puede subsistir sino como una generalización teorizante, que no empece a los numerosos artistas que, como Federico Gana, vacían su rico venero de sentimiento y su fácil caudal de poesía, en el reguero de una prosa llana, flúida y armoniosa.

JULIO MOLINA NÚÑEZ.

## EN BLANCO

Allí estaban frente a mí, polvorientas, las cuartillas de papel blanco como invitándome al trabajo.

Afuera, un día de Otoño nebuloso y tibio, y en mi alma la inmensa bruma del cansancio.

Y pasan, pasan en rueda fúnebre imágenes de mi vida, y mi corazón no sufre. ¡Duerme! Como adormecido por el opio, pienso en el extraño problema de la existencia. Ideas rápidas y brillantes nacen y se desvanecen en infinita vaguedad, y mi corazón no sufre, ni desea, ni espera.

Me pregunto: ¿Adónde he bebido ese dulce licor que me incita a los sueños y a la nada?

Y entonces pienso: ¿Acaso ese es el licor de la vida?



## MEDIA TINTA

Sobre la copa cae la buena cerveza y burbujea.  
¡Ah! tus cabellos, dulce niña, que pasas cerca de mí, tienen extraños reflejos de algas marinas. Tu carita está pálida, tu trajecito es pobre, pero tu boca sonrío. ¿En qué piensas? Trae más cerveza, hermosa niña, y permite a mi alma humilde que pregunte: ¿Cuál es tu vida, cuál es el triste secreto de tu vida de mujer?

En tanto aquí estoy junto a la mesa sin fuerzas en el alma, mientras tú, fuerza de vida y de tristeza, vibras en esos ojos luminosos, en esos rojos cabellos rubios que van, vienen y se alejan.



## RAYO DE SOL

Rayito de sol de Otoño, no me despiertes todavía. Déjame soñar, soñar perezosamente, mientras entre tus ondas de oro brilla una luz de esperanza.

Descansa así, duerme bien, ardiente cabello blondo, sobre mi hombro. Húmeda sombra de amor, no la despiertes todavía, déjala ¡oh! déjala dormir como una fresca flor matinal, junto a mí.

## LA COPA VACIA

La copa está vacía y helada. Ya no será posible que se derrame sobre ella el licor ardiente y perfumado de rosas.

Una luz de cansancio y de tristeza brilla fúnebremente a través del pálido cristal y me hiere como una espada. En la estancia hay un silencio de desesperación, porque la puerta se ha cerrado para siempre.

Y la copa es fría y blanca, y la sala es triste y muda como una tumba.

Y en el silencio, contemplando esa copa inmóvil, siento en mi corazón el deseo de llenarla de sangre, de fresca sangre de corazones que no han amado, puros y blancos como era tu alma antes del día en que bebiéramos juntos el licor ardiente y perfumado de rosas.



## PAISAJE

Alegremente vais empapadas por la lluvia sobre el barro, hojillas amarillentas de Otoño.

Un tibio soplo de placer pasa cerca de vosotras y os hace brillar como el oro. Y parecéis bendecir agradecidas al árbol helado y solitario en cuya alta cima ennegrecida por el agua resplandece débilmente todavía un último ramo verde de juventud y de esperanza.

## SOMBRA

En la alta y oscura nave ruedan amenazadores y tristes, los acordes del órgano.

Sobre la masa sombría de la gente arrodillada brillan los nimbos amarillentos de los cirios.

Hay un silencio aquí, abajo, silencio de fe, de esperanza, de incertidumbre, de miedo...

Me apoyo en la columna de piedra y siento mi alma fría y oscura ante los misterios.

## SILUETA

Ahí en el sofá de mármol, en el nuevo parque, bajo el sol primaveral, está sentado el anciano profesor.

Su sombrero es viejo y de antigua moda, negro el traje y pálido y sin vida el rostro.

Ya su carrera se acabó y la muerte le roe por dentro ahora, mientras él piensa, tal vez, en medio del bullicio de esta fría ciudad extranjera, en su lejana patria, en los amigos de la alegre univer-

sidad alemana, donde corrieron sus años juveniles.

Y ahora, ¡ni familia, ni amigos!

Estrecha convulsivamente su grueso bastón y se aleja con paso vacilante.



## PRIMAVERAL

¡Cuán triste me acompañas, hoy, pobre sombra, y cuán humilde te tiendes a mi lado sobre la fresca tierra, que alumbra un sol de Primavera.

Alegres, alegremente ríen los árboles, las hojas y las flores; y sus sombras de vida danzan locamente ante mis pasos solitarios.

## INTERIOR

Hay una tibia luz en la estancia, que envuelve y acaricia las cabezas canas y las cabezas infantiles, más dulce que la luz de la lámpara del hogar; es la luz de la esperanza que brilla en las pupilas de la alegre familia.

La lluvia cae sin cesar, monótona, afuera, y la madre canta la vieja canción de los amores de otros días, la canción que hacía estremecer el corazón de los esposos en los años juveniles.

Los amigos ríen, beben y charlan e interrumpen el canto.

La pequeñita duerme en su alta silla, arrullada por la canción y las risas, y la charla; su sueño inocente es más bello que la canción, que la charla de los amigos y que la felicidad que resplandece como una aureola sobre las cabezas de los que tal vez sueñan en los antiguos tiempos desvanecidos para siempre.



## LONDRES

Fué allá, ¿te acuerdas? en la ciudad inmensa y famosa que envuelven brumas y nieves, donde floreció nuestro amor.

¿Te acuerdas? En nuestro incierto paseo, dejamos atrás el gran río sobre cuyas aguas oscuras y silenciosas reverberaban las llamas inquietas de los faroles como una fragua enorme y fantástica.

Y en aquel anochecer de Invierno tú murmuraste a mi oído, con una voz perfumada de amor,

estrechando mi brazo tembloroso contra tu corazón.

¡Huyamos muy lejos, no sé adónde! Y como poseídos de un vértigo, marchábamos rápidamente un instante por las callejuelas oscuras y pobres de aquella ciudad extranjera.

.....  
Después, fatigados y tristes, regresamos.

¡Esa ha sido toda nuestra historia!



## VOCES INTIMAS

—¿De qué hablas?

—De amor.

Ha muerto hace tanto tiempo, que mi corazón no sufre, ¡oh! no sufre al recordarlo.

—De gloria.

¡La gloria es la bruma del mar...!

—De amistad.

La amistad sólo brilla ante el rojo resplandor de los vapores del vino.

—¿De qué hablas, entonces?

—Hablo de tu esperanza.

—Mi esperanza es sombría como la última luz sobre la mar.



## NAVIDAD

Tus miradas, dulce niña, huyen de las mías; tu rostro se enciende y palidece, tu blanca mano va, distraída, sobre la mesa de un objeto a otro. Y si a hurtadillas fijas los ojos en mí y yo sorprendo la mirada, tiemblo de placer y de esperanza, porque en el fondo de tus húmedas pupilas me parece ver brillar una luz celeste semejante a la que atrajo a los magos y a los pastores. Y mi

corazón salta como un corderillo al pensar en que, tal vez, el nuevo Dios va a nacer y en que será necesario celebrar, por fin, en mi alma, la alegre, la pura, la sencilla y grandiosa fiesta de Navidad.



## LA TELARAÑA

Esta es la tela efímera y sombría: en el silencio de mi alcoba fría la ha tejido en las noches una araña artificiosa y con paciencia extraña. En sus hilos de seda, débil presa dormita mi alma, y creo ver en ellos temblar gotas de sangre a los destellos de la pálida aurora.

Y nunca cesa la cruel araña en su labor inquieta. ¿Quién sabe si en los hilos de esa tela, en el silencio de la noche vela, misteriosa, una lágrima secreta?

## MARINA

Ni una nube en el cielo, ni una espuma en el mar. Calma, tranquilidad. Arriba el cielo azul, profundo; y en el límite del horizonte, el color se esfuma en una claridad blanquecina, diáfana...; y el gran vapor que me lleva se desliza dulcemente como sobre un lecho de seda.

Grandes aves de alas grises y pechuga blanca siguen al navío cerniéndose armoniosamente, perezosamente, sobre las olas tranquilas.

A veces, a la distancia, semejan sobre las aguas solitarias copos de espuma; a veces se detienen

sobre el mar y se dejan mecer un instante: ya las veo besar el bruñido espejo como en una tímida caricia, ya se alejan y vuelven nuevamente, y a fuertes golpes de ala continúan su tardo vaivén. Parece existir una ley misteriosa y dulce entre el movimiento cadencioso y muelle de la inmensa sábana azul y los lentos giros de esas hijas del océano.

En tanto, el mar continúa tranquilo, pareciendo enviar una sonrisa de benévola protección de esas aladas amantes de su grandeza.

El sol declina, y sus rayos al caer sobre las aguas marcan una ancha franja que brilla como un río de oro fundido. La claridad se esparce y tiñe las olas de un color gris resplandeciente, siniestro...



## BOCETO

Tu amor, amigo mío, duerme, ¡oh! duerme como tu joven amante, en el triste y helado lecho donde se mecieron las ilusiones y los cantos matinales de los primeros días.

En tanto, se bebe vino rojo en la pequeña mansión, se bebe y se sueña...

Los amigos hablan con fatiga del pasado y del porvenir.

Y una ilusión de mujer, vaga tristemente en la estancia...!

## VAGANDO

Fué en una mañanita de Septiembre cuando te encontré, buena anciana, paseando al sol tus cabellos blancos y tu rugosa faz que brillaba de alegría. En tu vestidillo azul y limpio, agitado por el viento, había una fresca nota primaveral que reía de esperanza.

## ENIGMA

En el fondo de tus pupilas hondísimas, brillantes como el oro recién fundido, vibraban intensamente el mal, el ensueño y la locura.

Como de una lejana estrella maligna perdida entre las nieblas de la noche, llegó a mi corazón moribundo un destello que lo encendió un instante con la lumbre de una esperanza desconocida.

Me acerqué junto del calor de tu seno bien amado y hundí mis miradas en las tuyas, y en ellas bebí ansiosamente el mal, el ensueño y la locura.

Hoy vago triste, sin rumbo, sin objeto, sin fe, aquejado de un mal sin nombre y sin remedio como el de Caín cuando huía sin término perseguido por el fantasma de su crimen.

¿A dónde voy?

Nadie podría contestarme, porque tu corazón está ahora cerrado para siempre como esas tumbas antiguas vacías, vacías y cerradas, sin nombre, sin cenizas.



## LA VIRGEN INGLESA

Sobre mis rodillas cae el suave peso de tu cuerpo immaculado. ¡Oh! en tu cabellera obscura hay un perfume fresco y matinal.

Inclinas sobre mi pecho tu pálida frente y hablas de aquel amor, de aquella ausencia, mientras yo, octogenario joven, paso mis miradas por esas cartas de amor de un niño.

El navío se balancea voluptuosamente sobre el gran lecho azul y vaporoso del mar...

Acaricio tus trenzas negras, mientras me descubres envanecida los secretos de tu corazón.

## AL PASAR

Después de tres años de ausencia, ahí estás otra vez delante de mí, bella aparición de mis días de esperanzas y deseos, aquellos días de zozobras y escepticismo en que mis labios callaron ante la esfinge impenetrable de hermosura.

Y ahora al pasar junto a mí, inclinando ruborosa la cabeza, mientras tus radiosos ojos azules irradiaban la luz de mis ensueños, ¿por qué todo mi ser se ha estremecido de agradecimiento hacia tu corazón de mujer?

## RECUERDOS

Pesado, fatigoso como un sueño de plomo, viene a mí el recuerdo que brilla como una luz de muerte entre las nubes dormidas. Mi alma busca en vano una alegría entre sus últimos resplandores, no encuentra sino tristeza y dice: ¿Para qué en el horizonte ese rayo de sol de un día?

¿Y tú no podrás venir cerca de mi corazón, pobre imagen, «pobre imagen» que en un tiempo brillabas como la aurora sobre las húmedas colinas? Como una flor marchita en un relicario,

guardo en el fondo de mi alma el recuerdo de aquella rápida y única entrevista, de aquella dolorosa y última presión de su blanca mano, de aquellas ardientes palabras balbuceadas en voz baja...!

Y hoy, al contemplar el gozoso resplandor de sus grandes ojos azules, el helado polvo de aquellas cenizas de amor, ha parecido reanimarse con un soplo de primavera. Y mi corazón sufre y sueña en el pasado, se deleita en la esperanza.

□

## DIALOGO SECRETO

- ¿Qué miras hacia arriba?
- La noche impenetrable, tenebrosa.
- ¿Qué esperas?
- Nada espero, porque todo ha muerto.
- ¿De qué vive tu alma?
- Del misterio infinito del ensueño.
- ¿En qué sueñas?
- En lo que es grande, multiforme y vago.
- ¿Qué hiciste de tu vida?
- La arrojé por la borda al mar inmenso.
- Y ¿por qué la arrojaste?
- Porque mi vida era pequeña y triste.

## RESURRECCION

Llegan mis recuerdos a turbarme; se anidan en lo hondo del cerebro, engendrando imágenes brillantes de luces, de colores y de vida.

Mi corazón descubre ansioso tantas cosas que antes no comprendía: sentimientos extraños y profundos como la vida misma.

Los amores perdidos resucitan: la tristeza de que se fueron para siempre, los desengaños mil de la amistad falaz y pérfida, el sentimiento de lo inútil del batallar atroz contra lo irremediable del caos del vivir.

Sobre este vasto mundo incomprensible, miriadas de mariposas deslumbrantes, ávidas de eterna luz, de amor sedientas, mis deseos sin fin, sin nombre, vagos, errantes, tendidos hacia el lejano, inaccesible azul.



## MEDALLÓN

En tus labios descoloridos, en tus pálidas mejillas, rosas que se agostaron en estío, en tus ojeras profundas y misteriosas, vaga una sombra de agonía, de amor, y de deseos.

A veces un delito tímido y fugitivo se enciende en el fondo de tus pupilas; a veces sonríes tristemente y un crepúsculo de pasión y juventud resplandece intensamente en las ondas caprichosas de tus ardientes cabellos crespos.

¡Oh, quién pudiera, hermosa lámpara moribunda, abrasarse en la trémula llama de tu alma y agonizar con ella!

## ANTAÑO

Fué en los días más sombríos de mi alma cuando apareciste ante mis ojos toda radiante de juventud, de alegría y de inocencia.

Tu risa de oro despertaba en mi corazón, tristes, extraños ecos de perdidos tiempos de felicidad; tu mirada profunda y dulce hacía bajar la mía temerosa como ante un misterio sagrado. ¡Habría querido huir de ti muy lejos para llevar solo todas las desgracias de mi vida en la orfandad de mi alma, ofrendándote esas lágrimas ardientes e ignoradas como se le rinde a Dios el sa-

crificio: Habría querido verte feliz y gozar con ello sin que tú lo supieras!

Mis manos estaban débiles, caídas, caídas para siempre ante el ramo florido de tus gracias juveniles.

Pero una voz secreta, un extraño acento de súplica llevaba mi fe moribunda en lo íntimo de mi ser y ese acento me llevaba cada día hacia ti con creciente fuerza.

Una vez, ¿te acuerdas?, nuestros ojos se encontraron y nuestras miradas leyeron por fin el secreto de nuestros corazones. (¡Oh! cuán claros esos ojos tuyos, cielos ardientes y luminosos, perfumados con el perfume de tu alma).

Y ahora, tú lo sabes, tú lo sientes, querida niña, ambos no vivimos sino para alimentar con el calor misterioso de nuestra sangre y de nuestras vidas esa llama sagrada, ese divino martirio.

[ ]

## SOMBRA

Ya no será posible que vuelvan los días buenos.

Las ilusiones ardientes de la pubertad, el triste florecimiento del corazón en las horas de amor de los veinte años se han ido. Sólo el fantasma pálido de un ideal de gloria desvanecido me acompaña por el camino sombrío. Y allá muy cerca veo alzarse una cruz negra bajo el cielo nebuloso. ¡Oh! cruz de muerte, tú no me haces temblar; antes bien contemplo con ternura tus tristes brazos en el horizonte helado.

Siento ya en mi alma una fría mano que me arrastra dulcemente; mis ojos se abren con fatiga a la luz del día y mi corazón se ha cerrado.

Marcho siempre resignado con mi destino.  
¡Ya no será posible que vuelvan los días buenos!

[ ]

## LUZ

Los días buenos han vuelto para mi corazón,  
los buenos días que jamás creí habrían de tornar.

Eres tú quién me los traes, hermosa aparición  
que marchas por el camino florecido al paso de  
tu inocencia. La luna y las estrellas brillantes ce-  
lebran el triunfo de tu corazón: corazón que re-  
dime y consuela y da la vida con su profunda  
sed de felicidad y de amor.

El amor ha nacido ya y todo es alegría para  
mí. Tus negros y brillantes ojos, tu suave sonrisa  
viven en mi alma y nunca se separarán ya de mí.

Las arrugas de mi frente, las sombras de mi destino se han desvanecido como la noche ante la aurora radiante; y lágrimas de alegría inundan mis mejillas y regocijan mi vida.

El porvenir brilla ante mis ojos que sueñan alumbrados por un sol joven y espléndido. Mi mano está en tu mano, mis ojos en tus ojos y mis besos y los tuyos tiemblan en nuestros labios comoavecillas anhelantes.

Apoya tu cabeza sobre mi hombro, cierra los ojos y reposa dulcemente bajo mis miradas que acarician tu ensueño y mi ensueño.

¡Ya han llegado los días buenos!



BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## ENIGMA

Bebía sin ton ni son—y murmuraba entre dientes—como en sueños, tristemente,—que bebía por las penas...—por cosas del corazón.

Todos se reían de él—en el alegre rondel—de aquella turba borracha; —y hasta la pobre muchacha—que siempre le acompañaba—le miraba y sonreía—con sonrisa cruel y fría.

Un día le hallaron muerto—en un rincón muy desierto... Su boca apretada y fría—manchada de sangre estaba—, y para siempre guardaba,—el secreto que tenía.

## ANTES

En el bosque solitario y helado donde negrean los troncos y las ramas desnudas, donde el cielo blanco parece acariciar fatigado a las hojas muertas, hay alegrías rápidas: a veces un rayo de sol muy pálido alumbra débilmente el musgo húmedo que verdeguea al pie de los robles y las encinas, es una lánguida caricia de moribundo que pasa.

Tus ojos alumbran ahora así a mi alma cuando te ríes dolorosamente y me miras. ¿Qué hay en esa sonrisa empapada en sangre? ¿En esa pálida

faz? ¿Cuál es tu historia secreta, cuáles tus penas, pobre alma de mujer?

Y un perfume doloroso como tu sonrisa vaga en torno de esas formas esbeltas que mis manos no han tocado.

¿Cuándo, ¡oh!, cuándo brillará el sol de estío en tus miradas? ¿Cuándo conoceré el secreto que duerme en tu corazón?

\* \* \*

Entré silenciosamente y te alzaste fría e indiferente tendiéndome con fatiga tu blanca mano de nieve.

Me senté lejos de ti. Jugaba con mi bastón trazando figuras sobre la alfombra. Afuera reía el sol y adentro una fresca sombra de Primavera caía sobre los objetos.

Mi alma desfallecida no pedía ya ni los besos ni las caricias de otro tiempo; buscaba como un consuelo en su desamparo un albergue junto a ti, cerca de las frías cenizas de los recuerdos de amor.

## PESADILLA

En mísera cama dormía en un hotel desconocido.

Aquejábame una enfermedad cruel, que luego confusamente...

Golpeábame con esfuerzo el pecho y decíame con angustia: ¿Qué has hecho de tu vida, miserable?

Una sombra fría como la del sepulcro me rodeaba... ¿Hallábame a solas con mi destino?

Tras de la puerta cerrada, ¿qué había? ¿Un peligro? ¡Oh! sí, allá estaba el espantoso peligro; allí el castigo para mi maldita vida que iba a destrozarse en la noche...

Alguien entraba y colocaba un paño frío como el hielo, sobre mi frente de moribundo, que ardía.

Y yo, entretanto, repetía sollozando el doloroso estribillo, que despedazaba las entrañas: ¿Qué has hecho de tu vida, miserable? ¡Vas a morir ahora, y no puedes sino llorar!



## HUMO

Humo, humo blanquecino y leve, pasa junto a la llama y desvanécete así, lentamente... hasta que me duerma. No toques a esa lucecita débil; acaríciala entre tus ondas caprichosas y no la extingas todavía, porque en la claridad amarillenta, hay tristeza!...

## AL PASAR

Es en vano que pases cerca de mí ostentando tus gracias juveniles, sonriendo nerviosamente como se sonríe a los quince años.

Una impresión de tristeza agita débilmente mi alma cuando tú pasas: pienso en tu juventud y tu belleza que vagarán y se disiparán bajo el sol como las nubes de primavera.

Pero el rumor de tus pasos sobre la tierra hará gozar a otras almas, reír a otros corazones.

## DESPERTAR

Dulce niña que has llegado a mi puerta cantando con el corazón destrozado por la pasión fatal del vivir.

Verdes, ardientes y luminosos son tus ojos, intenso el fuego que los anima, rojos como dos brasas son tus labios y negros como las sombras de muerte tus espesos cabellos en desorden. Y eres joven como una hermosa Primavera llena de luz, de perfumes y de gracia.

En tu corazón vivo cantan sus cantares las tiernas aves de la infancia. ¡Qué sabes tú de la vida! Qué sabes tú del amor, tú que no has conocido hasta hoy sino el placer! Y yo que he sentido toda la amargura de la tierra, te ofrezco mi brazo poderoso y frío, mi pecho cruel y obscuro... para que apoyes en él tu pobre cabecita fatigada y enciendas de nuevo la vida en mi corazón enfermo con el fuego de tu radiante y fugitiva juventud.

Ven, cojamos con nuestras manos ávidas y temblorosas los últimos ramos de Otoño, cantemos todas esas perdidas canciones de antaño antes que la muerte nos haga enmudecer para siempre.



## MATINAL

Pasas cantando ante mi ventana entornada, ocupada en tus quehaceres matinales de joven madre.

Como ese hermoso día de sol de Septiembre, todo tu precioso cuerpo de niña joven y robusta, como tus alegres ojos risueños donde brilla la esperanza, como el resplandor perverso que se enciende en el fondo de tus pupilas cuando a hurtadillas me miras, así está todo mi ser lleno de ti, amada, por siempre amada de mis ensueños.

Y este pobre valetudinario de la vida, de la ilusión y de la esperanza, no quiere, no puede tal vez llegar a estrechar ese cuerpo grácil y armonioso, pasar las manos sangrientas y manchadas por esos suaves cabellos, hundir sus ojos en los tuyos; alucinarse en el abismo dantesco de tu boca purpúrea.

Seguiré marchando como un mendigo que sólo sueña, tras de tus pasos, haciendo votos al cielo para que tus días sean largos, tranquilos y felices, llenos de alegre sol y de gratas sombras.



## CUENTO

Eran dos hermanas, una la mayor, hermosa y arrogante; la otra, pequeña, débil, muy tímida.

Un día llegó un joven a pedir en matrimonio a la más hermosa, y le dijo:

—¿Si más tarde, yo volviese viejo y pobre, me querrías tú siempre? Y ella contestó:

—¡De qué sirve la vida sin el dinero!

Entonces el joven se volvió a la más pequeña, y le dijo:

—¿Y tú?

Y ésta que le quería en secreto desde hacía mucho tiempo le contestó muy bajo:

—¡Siempre, siempre!...



## INOCENCIA

El niño duerme bien en la cuna que tu blanca mano de joven madre balancea. Y hay un perfume suave en el fondo de tus pupilas, como la imagen inocente de ese niño; y el perfume te rodea como una aureola y llega hasta mi corazón fatigado y triste.

## EL ARBOL VIEJO

En la ladera de la colina verde, donde principian los bosques vírgenes de robles, de alerces y de cipreses, vi blanquear entre la grama mullida y brillante un viejo tronco segado por el hacha, ennegrecido por el fuego. A su lado erguíase esbelto, vigoroso y altivo, un roble joven que balanceaba suavemente sus ramas vigorosas.

Tal vez había nacido de las raíces profundas de ese árbol que no se resignaba a morir aún sin contemplar todavía un instante la luz del cielo.

Yo pensaba: Y tú, joven árbol, también morirás un día bajo el hacha o consumido por los años; pero tus semillas esparcidas por los vientos han dado vida a otros árboles que nacerán y seguirán viviendo.

Como un consuelo para mi tristeza, evocaba esta imagen y la unía, con ternura, al recuerdo de mis pequeños hijos ausentes.



## ESTIO

Tú y yo frente a la noche tranquila.

Como dos niños indecisos en su primer encuentro vamos tú y yo contemplándonos largamente bajo los jazmines, por el amplio corredor donde duermen rayos de luna.

Y una angustia secreta nos oprime en el silencio y la armonía de la radiante noche de estío. Tus ojos y los míos brillan en la sombra, empapados de lágrimas de amor.

## OTOÑO

Nubes pesadas cubren el horizonte; gruesas gotas de lluvia caen rápidas sobre la tierra en calma, y un ambiente de opio parece invadir la quieta extensión que abarca la mirada, Mi corazón recuerda adormecido la alegre fiesta juvenil pasada, en que las voces ardientes, las miradas expresivas y el chocar de los vasos semejaban el zumbido vibrante de una colmena en trabajo.

Un sol de primavera parece alumbrar, de súbito, intensamente, todas las cosas moribundas... ¡Los sueños desesperantes, los deseos insaciables se calman! Es el divino aliento de la poesía que pasa y con sus dedos de rosa disipa en parte las amarguras y las angustias del vivir, la poesía que no tiene tantos más desamparados que yo.



## PRIMAVERA

En el jardín abandonado que la Primavera acaricia con sus gasas de oro reposaba en un banco solitario; era un descanso leve para la pena que siempre va conmigo.

Cerca de mí, una pequeñuela jugueteaba alegremente con el placer inconsciente de las golondrinas que salen de los aleros en las mañanas despejadas a surcar rápidamente el azul. En sus diminutas manos vagabundas agitaba triunfante una rosa recién abierta.

De pronto, cogí, al pasar, al vuelo, a la pequeña y aspiré un instante embriagado el perfume de la rosa mezclado con el de aquel cuerpecito inocente que palpitaba en mis brazos.

Y entonces del fondo tenebroso de mi memoria pareció llegar hasta mi corazón la imagen divina de aquellas primeras miradas de amor que cruzábamos en la adolescencia con aquella que ya no existe.



## NOCHE DE INVIERNO

Ahora estoy solo en esta fría pieza extraña.

El invierno me rodea, el invierno que siempre vive en mí. Estoy solo, altivo de mí mismo, porque ya dije adiós para siempre a todo eso... a las vanas y pueriles cosillas del amargo vivir.

El aire discurre a mi alrededor y me acaricia; el infeliz, el malvado, pasan cerca de mí y me hacen sonreír, porque no pueden nada contra mí.

La primavera, las flores, la belleza, el amor son para mí como el hálito del viento, que roza la la-

guna profunda, forma surcos fugitivos que van a morir en sus lejanas orillas; pero las aguas, después de las leves crispaduras, continúan tranquilas, reflejando todas las lumbres, todas las cosas que pasan en lo alto.



## MEDIO DIA

Los árboles henchidos de hojillas nuevas parecen dormirse en el azul infinito; copudas ramas de hojas perennes lucen en el parque, que tengo al frente, entre el verde tiernísimo del follaje de las hayas y los negros pinos.

Los gallos cantan a la distancia; y mi corazón vacío y helado se estremece como si sintiera en esta hora profunda y solemne de descanso, fuerzas nuevas para luchar, para seguir viviendo.

¿Es acaso este instante aquél en que la Primavera se reconcentra y sueña?

## LA SOMBRA

Hay días en que la Muerte me acompaña como una fiel amiga: me envuelve, me sigue como mi sombra, vive en mí.

Y en esos instantes, cuando me miras tú, mujer, veo en tu rostro una expresión de extrañeza, de amargo desagrado; tus claros ojos, donde vive la esperanza engañosa del vivir alegre e inconsciente, se velan como si una sombra fúnebre pasara sobre ellos.

Es acaso que sientes el frío inmenso del más allá que hay en mí en esos momentos y no te das cuenta sino del malestar que te causa mi persona poseída por entero de la Muerte.



## ESCENA

El único hijo de cuatro años que tienes, amiga mía, jugueteaba y rebullía en tus faldas: era tan bello como el Dios niño que pintara Rafael, con grandes ojos sombríos llenos de inteligencia, de ternura, de bondad, que la vida no ha manchado.

Y tú te inclinaste sobre él poseída de un ímpetu supremo y besaste muchas veces su carita, sus manecitas, sus piernecitas desnudas, como si hubieras querido devolverlo al misterio de tus entrañas. Tus ojos estaban llenos de lágrimas.

El padre contempla esta rápida escena con aire tristemente desdeñoso: después su rostro se torna suavemente benévolo.

Entonces pensé: ¿Acaso considera al fin, como yo, que ningún sistema de educación podrá reemplazar jamás al tesoro divino de amor que hay en el corazón de una madre?



## LA PIEZA CERRADA

Aquella pieza estaba cerrada hacía largos años; los muros de la casa desierta habían caído; las zarzas, las ortigas, las hirsutas yerbas invadían los muros destruídos; pero aquella pieza permanecía en pie con sus puertas y ventanas siempre herméticamente.

¿Quiénes habían vivido antes? Nadie lo recordaba ahora.

Un día, un fuerte temblor de tierra, un terremoto tal vez, hizo que las puertas y ventanas de aquella mansión se abrieran con violencia y el sol

que estaba muy alto, entró a torrentes en aquella pieza cerrada y obscura hacía tantos años.

Los fuertes rayos del sol alumbraron entonces las innumerables telas de araña que cual cortinajes maravillosos colgaban de las vigas y ornaban los rincones. Ninguna mano de hombre habría podido jamás tejer aquellas telas finísimas donde todos los colores del iris resplandecían bajo los rayos del sol.

Tal es la obra del genio, tal es la obra misteriosa y divina del amor, cuando entra a un corazón entristecido y lo despierta a la vida.



## ANGUSTIA

Por la estrecha senda soleada van los animales envueltos en denso polvo; las vacas mugen, contestan las crías en un idioma que sólo ellas entienden; los campesinos gritan y espolean y revuelven los caballos sudorosos.

Bajo el gran sauce benigno donde estoy sentado, pasa el viento agitando las copas de los castaños, de los pinos, de las altas yerbas; el sol lo mancha todo de oro, y de sombra...

Y esta armonía tan bella de la naturaleza forma amargo contraste con la angustia de pasión y de tristeza que me oprime como un mal desconocido, que me roe sin descanso.



## LEJOS

Lejos la juventud, lejos la esperanza, lejos la fe... ¿En qué piensas?

—En el cruel torbellino que me acosa sin término... en el terrible naufragio de mi vida. Mis manos ateridas y sin fuerzas, ya sienten el espasmo supremo de largar el madero que sostiene mi cuerpo exangüe sobre las aguas salobres.

Y las burlonas estrellas siguen brillando friamente siempre en el obscuro cielo, reflejándose inquietas sobre las turbias ondas de este mar mugiente y cruelísimo...



## VAGUEDAD

Hemos pedido vino, amigo mío, porque eso pedían nuestros ojos vagos...

Y nacerán de sus extrañas rojas fuerzas potentes para llegar a lo indecible.

## HACIA EL FIN

Y mi alma está triste, porque no puede más. No soporta los males que me acosan sin tregua, males de mí mismo, de mi espíritu enfermo de un ideal supremo que nunca alcanzará. La vida me ha herido con mil puñales crueles, y ya no tengo alientos para lanzar mi queja. Ni la esperanza queda de hallar nunca jamás un tibio seno amado en donde descansar.

## SILUETA

Rodeada de rosas rojas como sangre recién vertida, bajo el sol ardiente de tus cabellos, te embriagabas en la contemplación de la armonía divina de tu rostro, que el amor no ha herido con su dardo ponzoñoso y dulce.

¿En qué piensan esos ojos sombríos que brillan como astros desconocidos y solitarios?

Te he sorprendido en esta figura: y me acuerdo en mi desesperanza, de los primeros ojos virginales que hablaron a mi corazón en los días lejanos de la pubertad perdidos para siempre.



## SOLO

Marchaba angustiosamente frente a la montaña negra y amenazadora, en la esperanza de llegar a la cumbre para contemplar el valle, para sentir sobre mis sienes el aire fresco de las alturas.

Cuando llegué a la cima un sol ardiente me detuvo y me hizo temer el descenso. Ya lo tenía todo: el sol me rodeaba la luz infundiéndome intensa vida, y despreciaba los valles lejanos donde tal vez vivía la felicidad tranquila, ignorada, de los corazones que no han sufrido.

## VAGANCIA

¡Oh! mi buena ropilla vieja, cuánto bien me haces hoy, en Primavera, mientras vago por el campo verde, entre damas lujosas y elegantes caballeros; cómo abrigas y consuelas a mi humilde corazón, a mi triste corazón, que está esperando tantos años despertar algún día con el mágico resplandor de unos ojos celestes.

## IMAGEN LEJANA

Lejos estamos, lejos estoy yo, pobre alma mía, de la tuya a quien consagré mi vida desde el instante fugitivo en que con rápida mirada comprendimos nuestras dudas, nuestra angustia secreta, infinita, sin remedio...

Acaso aquella mirada tuya no fué sino compasiva extrañeza. ¡Quién sabe!; pero esa tu imagen alta y esbelta, armoniosa, y el recuerdo de tus palabras, tranquilas y graves, son el claro manantial donde mi corazón reposa y espera. A la distancia, mientras mi imaginación trabaja en los

profundos sueños del Arte, mi ser entero busca el tuyo como un consuelo, como un amparo para seguir viviendo...

En la ausencia, cuando llega la noche, pienso a veces en el instante familiar en que por fin estrecharé tu mano y mis miradas te seguirán extasiado; cuando marches junto a mí, con la rubia cabeza inclinada, contemplando el sendero tan lenta, serenamente...



## DIALOGO BREVE

Mi alma pregunta: —«¿Qué te falta?».

El corazón responde humilde, sombrío, misterioso como un astro desconocido que vaga en lo alto:

—«¡Lumbre de amor, pobre alma!»

## ESTIO

Ardiente, nebuloso, aquel día de Febrero. Encontrábame en la región de las montañas; a lo lejos oía retumbar el trueno en las gargantas abruptas. Deseaba ansiosamente que llegara luego sobre mi cabeza la tempestad, la lluvia torrencial, a despejar la atmósfera, a refrescar el verde somnoliento de los árboles inmóviles.

En mi corazón parecían dormir también angustiosamente como fieras en reposo mis pasiones fatigadas, mi ansia infinita de felicidad jamás saciada con cosa alguna de la tierra.



## PENSANDO...

«Porque en la sabiduría hay mucho enojo; y quien añade ciencia, añade dolor»... Eclesiastés.

Así dice Salomón en ese desolado y terrible libro de su vejez: y yo pienso que la vida debe vivirse confusa y armoniosamente, con ánimo resuelto y alegre; no profundizarla, porque en el fondo hay dudas y amarguras sin cuento.

Quien así no vive, jamás conocerá los alientos del heroísmo, las alegrías divinas del amor y de la

poesía, el encanto sublime del martirio que es resignación, humildad y valor, que llena de claridad celeste las vidas de Francisco de Asís y de Teresa de Avila.



## PRIMAVERA

Vapor de rosas, sutil y tibio,—flota en el cielo primaveral—y va de viaje sobre la tierra—que ya no teme soplo invernal.—En los desnudos árboles negros—y en la montaña sin nieve ya,—como una sombra de hondos anhelos—y leves ansias se ve pasar—hacia las brumas,—hacia las nieves,—hacia las lluvias lejanas ya!

## CALMA

Cielo estival, árboles dormidos que parecen morir de cansancio, hojas inmóviles en la espera angustiosa de las frescas brisas que harán reír la luz.

Tal duerme huraño y mudo mi humilde corazón desamparado...; en lo íntimo del ser, la imagen vaga de una triste ilusión desencantada agoniza, como una pobre viuda solitaria sobre un

mármol roído por los años, en que los nombres se han borrado al paso de las lluvias del Otoño...

¡Cuándo llegarán a cobijarme las tinieblas densas de los días de Mayo!

•



## LLUVIA DE OTOÑO

Día nebuloso y brillante, día alegre de Otoño.  
¡Cómo calmas con tu leve llovizna mis dolores  
profundos!

Las traiciones del amor, los desengaños de la  
amistad, la angustia de la fe, vacilante como una  
llama en la noche, se borran un instante.

Todo duerme y parece cobrar fuerzas para se-  
guir viviendo a mi rededor; y hasta la poesía que

andaba lejos, de escapada en los campos, ha llegado ahora con las trémulas alitas resplandecientes de irisadas gotas de agua en esta primera lluvia del Otoño que principia.



## EL RETRATO

Me detuve un instante ante aquella tela muda, en ese vasto salón solitario de cuyas paredes pendían tantas obras maestras.

Una anciana vestida de negro, con cofia blanca sobre los cabellos canos, sentada en amplia poltrona, me contempla con esa expresión bondadosa que toman los ojos humanos en los últimos años de la vida! Las pasiones mueren en silencio, los grandes dolores se han olvidado; sólo queda una sonrisa en los labios que ilumina como un sol de Otoño, todo el rostro fatigado, enveje-

cido... Las manos rugosas, de color de piedra, tan blandas, se cruzan sobre las rodillas. Esta es la imagen de Isabel de Van Rin, la madre de Rembrandt, y es él quien pintara ese retrato.

Y ante esta visión perfecta de la vida en su decadencia, algo como un misterio terrible se descubre violentamente en lo íntimo de mi ser; mis ojos se humedecen, se nublan ante la maravillosa obra maestra.



## LA CASA NATAL

Paso como un extraño ante aquella mansión solitaria y muda. Las grandes ventanas coloniales cubiertas de añosos enrejados de hierro están cerradas; la ancha puerta orlada de gruesos clavos de bronce, cerrada herméticamente está también. Estoy seguro que si descendiese del tranvía que me arrastra y golpease a esa puerta, una anciana sirvienta me respondería: La familia está en el campo; no sé cuándo llegará.

Y yo pensaría que ya de esa casa, de esos viejos muros entre los que corrió mi infancia radiosa y dulce, mi triste adolescencia, mi turbulenta juventud, como un sueño que se olvida al despertar, no queda en mi corazón sino el recuerdo de una noble, grande, severa y melancólica sombra que cada día, a medida que los años pasan, penetra más hondamente en mi ser; ella guía mis pasos hacia el ensueño, hacia el deber, hacia lo alto; ella acompaña ahora mi tristeza resignada ante la vida con la que lucho y padezco siempre en silencio.



## CONFESION

¡Yo soy una alma negra, perdida!... Me dijiste un día que logré abrir con mis miradas sedientas de tu belleza y de tu juventud de mujer. el dintel secreto de tu dolor.

¿Qué se ocultaba tras del frío brillo de tus ojos vagos? Qué misterio de angustia, de ansias no confesadas y jamás satisfechas vibraban en el fondo de esos rayos de tu mirar, que es como la sonrisa del alba?

¿Es acaso el mismo deseo insaciable de ternura y de tristeza que vive en mí cuando estoy a tu lado y te contemplo? Es que, inconsciente, comprendiste toda la grandiosa belleza del Dios que anida en mi corazón, lo que te arrancó esa confesión desgarradora? ¿Te consideraste, tal vez, indigna de recibir una mirada de ese Dios todo poderoso al contemplar las manchas de tu vida y como el humilde creyente hundiste tu cabeza en el polvo de una desesperación sin remedio?



## CONFIDENCIA

Un día que charlábamos a solas, distraídamente, como cuando se habla consigo mismo, exclamé:  
—¡Ah! cuando un hombre se pierde, es imposible que vuelva... Sólo algo muy grande, una pasión inmensa podría salvarlo.

Y tú, que inclinada sobre tu costura cosías en silencio, dijiste muy bajo:

—Yo pienso que cuando es una mujer es peor; no se vuelve atrás nunca, nunca; y más si no se ha perdido por su culpa; queda una rabia, un dolor, un odio...

Alzaste con violencia la enmarañada cabellera rubia y me miraste con tus fríos ojos de oro, en los que había un destello de crueldad y de dolor que he solido ver en las pupilas de las fieras enjauladas y que los hombres andan mostrando por dinero a otros hombres para que éstos se diviertan.



## ENTRAMOS

Entramos bajo las nieblas del Otoño, en aquel templo alejado del centro de la ciudad, casi desierto a esa hora. Aquí, allá, algunos frailes ancianos arreglaban los altares para la próxima fiesta del Sábado de Gloria. Frente a nosotros, un gran Cristo esculpido en madera aparecía muerto ya, tendido con los ojos sin lumbre, todo salpicado de sangre recién vertida.

Y en mi alma, ¡oh tristeza! el silencio, la obscuridad que invadía las altas naves, el perfume

del incienso, el cuidadoso adorno de los altares, las Vírgenes que tendían las manos al cielo rodeadas de ángeles embelesados en su gracia inocente y divina, no despertaban ningún sentimiento religioso; mi corazón estaba pendiente en ese instante, de tu gracia, de tu vida, de tus miradas, que acaso también indiferentes y sombrías contemplaban todos aquellos aparatos magníficos de un culto de que estaba separada, desde los días lejanos de tu perdida inocencia.

Pensé: el amor es acaso la esencia de todas las religiones de los hombres.



## ME MIRO VAGAMENTE...

Me miro vagamente en el espejo y me devuelve la imagen de un anciano sin fuerzas y sin aliento.

Todas las formas de la miseria de los seres que vagan por el mundo me rodea, me oprime en este alegre día de primavera.

La angustia está en mi pecho, vaga angustia terrible, como la muerte. ¡Ya no hay para mí ni alegría ni pena!

¡Ah!, qué triste está todo mientras las aves cantan!

## PRIMAVERA

Cantan las golondrinas.

Se fueron con el frío las neblinas que velaban el sol. En los lejanos valles aun brillan sobre el agua fugitiva nieblas densas que brotan de la tierra manos tendidas hacia el cielo en busca de la luz que en lo alto reina. ¿Qué buscan esas nieblas en la armonía ardiente de los cielos sin fin? Lo mismo acaso que buscaba antaño, cuan-

do la juventud vivía en mí, y tú, ahora alma enferma, aun buscas como un ciego ante la luz un poco de calor para las manos que se tienden al sol.



BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

## AMANE CER

Todo resplandece, el aire, el sol que brilla como una lámpara a través de los vidrios.

Cantan los pájaros, resuenan las carretas por el camino que se pierde a lo lejos en los confines vagos.

¡Y mi alma no tiene una flor donde posarse en este día de oro!

## NOCTURNO

Los faroles eléctricos brillan a la distancia como ojos burlones en la sombra. Vagamente recuerdo esa torpe charla de taberna. Pienso: ¿Cuándo se saciará el ansia insaciable de mi corazón?

Y no serán tus cabellos, ni serán tus hermosas manos, ni será tu cuerpo todo, cuando a mí se entregue en el silencio nocturno en medio del cuchicheo ardiente de tus labios que busquen los

míos como alguien que se ahoga, los que calmarán este horrible latido. Y más tarde ¡oh tristeza! esos labios serán para mí, como una fuente seca en el desierto.



## RECUERDO

Quise darte una prueba más de mi amor ardiente y puro como el oro recién fundido; pero tus pálidas manos trémulas rechazaron débilmente la anhelosa ofrenda.

Me miraste con tus verdes ojos misteriosos, en cuyo fondo sorprendí una lumbré sagrada como la de las lámparas que brillan siempre bajo los ábsides de las sombrías basílicas. Caímos enlazados, embriagándonos en nuestras miradas, que bebían sin tasa el secreto divino de nuestros co-

razones. Ese minuto es inmortal en mi recuerdo y en el tiempo. Me consuelo a veces, pasados tantos años, de las miserias en que ahora me agito.



## CLARO DE LUNA

Y fatigado a veces de la triste verdad de la existencia, mis ojos buscan en el cielo negro, donde brillan hurañas las estrellas, algo con que saciar la sed rabiosa de mi alma perdida, miserable...!

La pluma cae de mis manos cansada de dibujar los perfiles ondeantes y profundos de lo que siento, y veo que una lumbre se enciende; es la montaña, allá, en lo alto, donde la luna asoma y se destacan negros los grandes árboles, como fan-

tasmas de otro tiempo que contemplaran mudos y sombríos los valles dilatados, perdidos en la noche.

Y mi imaginación despierta entonces embriagada de ensueño, ensueño de cosas que no existen.



## OTOÑAL

Mi alma está sombría como este brumoso día de Otoño; las nubes inmóviles, el aire pesado y tibio me rodea y me oprime como un sudario de plomo.

Tú, triste imagen de mujer, me acompañas hoy; vas como un cilicio clavado en mi corazón, en mi pobre corazón.

Y el recuerdo vago de la mirada negra de tus

ojos inmóviles, fijos en los míos, en una larga y persistente interrogación de algo, ¡ay! que yo ignoro, me acompaña como alivio para mi angustiosa desazón.



## INDECISAS

Mi alma está sombría como tú que sufres y callas. Es en vano que sonrías al viento.

¿Se llenará alguna vez el vacío insondable en que te agitas?

No; más fácil es que vuelvan a tu vida la alegría, y la fe a mi pecho, helado y desierto como templo abandonado, que tú encuentres el camino perdido.

\* \* \*

Me incliné ante ti y te cogí bruscamente la helada mano y la besé largo tiempo con emoción.

Y tu rostro se enrojecía como alumbrado de súbito por un ardiente rayo de sol. ¿Era vergüenza, agradecimiento, alegría, pudor lo que bañaba esas mejillas queridas?

□

## ¿ADONDE IR?

Blanco el cielo a través de los vidrios, solitaria la estancia, ni un rumor en la calle, y mi corazón enfermo con la angustia de siempre.

¡Ah! nada hay más triste que no saber dónde ir; moverse como un insecto para satisfacer las necesidades de la vida brutal.

Y ni afecto de madre, ni de amante, ni de amigo, ni el resplandor divino de la sonrisa inocente de los hijos que me los han llevado tan lejos...!

¿Adónde ir ahora en este día blanco como un sudario? ¿Adónde ir, Señor?

## ENSUEÑO

Mi imaginación dibuja con tristeza tu silueta llena de gracia y de vida y de juventud.

Me parece escuchar en la soledad tu risa fresca como el sonido de los cristales brillantes que se rompen de súbito bajo los rayos matinales de un sol ardiente.

Veo tu mirada negra, inmóvil, interrogadora, fija en la mía, que sueña en cosas ¡ay! pobre niña, que tú no comprendes ni comprenderás nunca.

## AQUELLA NOCHE

Me he acostado con tu amor en mi corazón, como el niño que oculta bajo su almohada el juguete preferido.

La imaginación recuerda aquella noche en que tus labios, y tus ojos, y tus nervios y tus cabellos se durmieron sobre mí en un espasmo supremo de voluptuosidad.

Y escucho ansioso tu frase anhelante en medio del placer. ¡Hemos unido al fin, nuestras dos miserias que eran para mi alma como una buena limosna de esas que Dios bendice!

## DESPERTAR.

Al despertar, como se espera la llegada del primer rayo de sol en una mañana de Invierno, he deseado tu venida.

Me ha parecido verte entrar, alta, esbelta, vestida de negro, sonriendo curiosamente con ese gracioso mohín tuyo, mirándome fija con esos ojos pardos y suaves, tan queridos y tan buenos para mí cuando se posan en los míos hondamente cariñosos, y hablan de recuerdos, de penas y de placeres que sólo yo y tú conocemos.

Te habrías inclinado rápida sobre mí y me habrías besado largamente hasta que la respiración nos faltase y nuestros ojos se cerraran.

Después hablaríamos tranquilamente de tus menudencias y de las mías y yo te estrecharía las manos para calentarlas en el calor de las mías.

¡No! pero no has venido; y estoy ahora como un huérfano sin abrigo y sin pan en este esplendente amanecer de Invierno.



## ANTE LA SOMBRA

Ardían los cirios,—perfumes de flores—entre trapos negros;—ahí el ataúd—donde dormía por siempre—la cándida virgen—inmóvil y fría.

Dos hombres charlaban—bajo la penumbra—; el ruido de rezos y de lentos pasos. —Se miraban mucho—con angustia incierta. —Uno dijo: Hace ya veinte años que yo me morí,—y el otro con desdén supremo:—Hace ya treinta años dejé de existir!

## DESPUES

Te he visto dormir después de nuestro violento abrazo. Estabas seria y triste en la majestuosa inmovilidad del sueño; tu respiración suave como la de un niño en la cuna; tus manos tendidas sobre las sábanas, inmóviles y blancas; parecía, en el silencio, que no fueses a despertar nunca. Y mi amor te rodeaba como los brazos de una madre.

## ANSIA

Mi alma está triste bajo tus miradas llenas de amor y de angustia.

¡Ah, qué hay tras de esos ojos, esos ojos fijos y suavísimos!

No me bastan el calor de tus besos interminables, ni la violenta presión de tus blancas manos ¡Quiero tener en mi corazón insaciable tu alma toda, como una ave que se debatiera moribunda y ensangrentada entre las rudas manos de un cazador cruelísimo.

## SOL PRIMAVERAL

Se han ido las ideas negras y desconcertantes, aquellas que detenían el barco de mi vida.

Ha llegado la Primavera. ¡Qué dulce el sol! ¡Qué hermosas las flores que nacen alegres bajo la claridad del cielo azul!

El amor ha entrado a mi corazón como un torrente de sol, y ese sol brilla también en el fondo cambiante de tus queridos ojos pardos, amada

mía, tú que estrechabas con fuerza mis manos entumecidas ayer por el frío del cruel Invierno.

¡Ah! todo es alegría para mí ahora, porque tú estás cerca de mí.



## TRISTEZA

Ha llegado a visitarme la tristeza, la buena tristeza, aquella que nos levanta sobre el fango del vivir, mira con ojos tranquilos a la muerte y da un encanto más a los delirios del amor.

Y esta buena amiga ha consolado mi corazón destrozado por el desborde doloroso de la pasión terrena.

Mi cabeza se inclina sobre el pecho; siento que mis ojos se humedecen en un éxtasis de paz tan dulce.

## LA VISITA

He ido a visitarte y no te encuentro.

Charlo, charlo distraídamente con personas indiferentes pensando en cosas desagradables. Todo mi ser está lleno de ti, amada mía.

Se abre la puerta y apareces tú. Tu rostro pálido y querido venía sombrío.

Nos miramos y tus ojos resplandecen. Toda la modesta estancia parece iluminarse de súbito con un ardiente rayo de sol. Tus miradas se posan

en las mías como los pájaros fatigados que se detuvieran un instante antes de emprender el vuelo.

Y en mi pecho el corazón canta con alborozo la canción de la vida y del amor.



## ANGUSTIA

Mi alma está triste, porque tú ya no vienes. Hace tiempo que vago sin rumbo, sin objeto, sin fe,—enfermo de una cruel desazón.— La grosería ambiente me hiere, me perturba y me ahoga; ni una estrella en el cielo; nubes, nubes y olas que van sin saber dónde... Todo turbio e imperfecto en la inmensa extensión.

Y tú llegabas antes, divina Poesía, en un rayo suavísimo de sus ojos amados.

## LA CUBA

Enterremos, amigos, este vino recién cosechado que hace un instante hervía en la cuba inmensa: enterrémosle en la gran botija de barro, allí, en las entrañas de la tierra profunda, por largos, largos años, hasta que nuestros cabellos hayan palidecido como las hojas cuando llega el Otoño.

¡Cuántos de nuestros compañeros alegres de ahora callarán entonces, y sus amores y sus ilusiones que hoy brillan en las miradas sedientas! ¡Cuántos de los brazos vigorosos que enterraron ese vino, estarán débiles y vacilantes!

## DIA DE INVIERNO

Cielo azul, aire tibio, bullicio alegre de la gran ciudad llena de sol.

Mi corazón reposa como un lago dormido bajo la fresca sombra de grandes árboles inmóviles.

Ni sueños, ni deseos, ni la angustia de antaño...

Y el recuerdo tuyo, amada mía, se mece en el fondo de mi alma, tan tranquilo como un niño que duerme.

## DIALOGO

Le pregunté a mi alma: ¿qué deseas? Ella contestó triste:

—Y en todos los caminos perdiste el ansia ardiente que domina y que llega hasta el altar radiante de la victoria inmensa.

—¿Cuál era esa victoria?—El apoyar un día la frente sudorosa en el seno de aquella que mi corazón manda.

## VENGANZA

Y a todos aquellos que me han herido, con sus bajas pasiones, les agradezco el bien de mostrarme la vida como es, miserable y desnuda, bajo el sol que les ama e indiferente alumbra desde el ave que canta en el azul hasta el gusano que nacido en el fango sale a buscar calor para seguir viviendo.

Mi venganza será cerrar el labio y mirar a lo alto.

## RESPLANDOR DE ORO (1)

Tus manos en mis manos, tus ojos en mis ojos, gozemos un instante de este silencio único, de este divino encanto, y nuestro amor tan puro será un resplandor de oro sobre un bosque sombrío.

---

(1) Más adelante se inserta la forma definitiva de esta «Mancha» con el título «Crepúsculo de oro»

## SOL DE OTOÑO

Ven. ¡Oh! Sol de Otoño, calienta con tus rayos débiles a mi alma moribunda. Tú eres el Dios de los que ya poco esperan, de los artistas que te miran con ternura y compasión perderte a lo lejos entre las pardas ramas alumbrando las hojas amarillentas que alfombran el suelo negro.

Ven. ¡Oh! Sol de Otoño, buen amigo, que como un recuerdo que se desvanece, me acompañas y me consuelas ahora que estoy en el umbral del frío Invierno.

## LOS NIÑOS.

Los niños son la conciencia de la vida. Corrían anhelantes tras los pasos de Jesús, y Este decía sonriendo: «Dejad que vengan a mí»; y la mirada divina se fundía con los juegos inocentes.

¡Ah! los niños dejan de jugar cuando me miran, me contemplan hoscos y medrosos y se alejan...

## APUNTES DE ARRABAL

Turbio día de Invierno; sopla afuera desagradable el frío viento del Norte.

La pena y los deseos insaciables se amasan en el fondo del corazón y lo oprimen.

Es el anochecer y rompe el silencio de la calleja el monótono resonar de un cencerro.

Afuera, sin cuidado del frío, los niños miran

atentos en la acequia las carreras de los barcos de papel.

La tierra está húmeda y negra; y en un charco un cerdo enflaquecido hoza el barro espeso del arrabal.



## MELANCOLIA

Estoy viejo, amigo mío; y lo siento cuando frente a las copas de vino rojo—aquellas que estremecían nuestros corazones con las ilusiones ardientes de la pubertad y de los locos placeres—mi cabeza medita y me estristecen los recuerdos.

Pienso en los amores que se fueron, en las viejas amantes que ya hoy ni pretenden siquiera inclinar la cabeza fatigada sobre un pecho juvenil, vigoroso y amado.

## DESPERTAR

Llega el alba sonriente y con ella los pesares terribles de la vida, las ideas bajísimas como gases venenosos que me ahogan y matan.

En tanto miro con angustia hacia el cielo lejano donde el sol aun no asoma.

## DESPUES...

Ya llegó el sol radiante.

¡Cómo penetra, suave, por la ventana junta y juega como un niño con las cosillas mínimas que su mirada encuentra!

Todas las cosas le saludan, humildes: los tejados negruzcos, las calles solitarias de la ciudad en calma, las aves, que agradecen el calor que les da!...

Hasta el alma despierta bajo la luz y cobra alientos nuevos para seguir viviendo.

## YO TENGO UN ALMA...

Yo tengo un alma negra, perdida, me dijiste un día que logré abrir con mis miradas, sedientas de tu gracia y de tu juventud, el dintel secreto de un dolor. ¿Qué había tras el frío brillo de tus ojos vagos? ¿Qué misterio de angustia, de ansias no confesadas y jamás satisfechas vibraban en esos rayos de tu mirar, que son para mí como la sonrisa del alba?

¿Es, acaso, el mismo deseo insaciable de ternura y de tristeza que vive en mí, cuando estoy a tu lado y te contemplo? ¿Es que, inconsciente,

has comprendido toda la grandiosa belleza de Dios que anida en mi corazón, el que arrancó esa confesión desgarradora?; y como el humilde creyente, hundiste la cabeza en el polvo de una desesperación sin remedio.



## MADRIGAL

Cristina, eres variable como el tiempo inseguro. Ya brilla el sol, ya los cielos se nublan; pero tu juventud, tu belleza, ilumina los campos, las nubes y los cielos. Mi corazón aun guarda el resplandor radiante de tus ojos alegres. Y sigues siempre riendo hasta que el mundo triste te doblegue y te ahogue entre sus brazos fríos.

## LOS CAMINOS

Los caminos de la tierra están manchados de sangre y el hombre, en su desamparo, lanza un grito de espanto que sube hasta lo alto.

Es en vano que los niños sonrían, es en vano que la luna inocente se alce tras de los pinos y de los cipreses. Ellos nada pueden contra el mal. Esa faz de plata que alumbra los negros follajes sólo trae una sonrisa triste a mi boca convulsa.

## OTRAS MANCHAS DE COLOR

(Compiladas directamente de los manuscritos originales de Federico Gana. Algunas están inéditas).

## BOTON DE ROSA

Botón de rosa que a mi alma enferma con tu perfume fresco y matinal, traes recuerdos de los días idos, en que mi corazón se abría al cielo de los deseos nobles: el amor, las ambiciones y la gloria, todo lo que duerme en el hombre que nace inocente del mal que acecha siempre.

Rosa te llamas tú; eres joven, hermosa y has sido desgraciada: me lo dijo tu ardor aquella noche cuando como alguien que se ahoga estrechabas mi cuello con tus manos trémulas como el madero que en los mares flota, y tus suspiros

hondos y tus quejas agradecían el placer supremo de sentirte amada; y yo también recuerdo esos instantes en que el amor pasara entre ambos como una ardiente llama fugitiva.

Hoy traigo este botón de rosa a tu regazo; que él te recuerde con sus tiernas hojitas el placer gozado. ¡Nada más se puede pedir a esta existencia triste!



## EL VAGABUNDO

Vagando sin rumbo por la ciudad, vi a un hombre vestido de andrajos, con el rostro enflaquecido, cubierto de arrugas; los ojos fijos y tristes como si no pensara más que en su desgracia. Le pregunté: ¿qué te ha pasado?

Ah! exclamó, encontré a una mujer y me lo arrebató todo.

## TODO MUERE

Todo muere en el mundo, desde la estrella de oro que brilla en el espacio, hasta el insecto que vuela y bulle en los campos dilatados.

Muere también el sentimiento en el corazón del hombre, las pasiones ardientes del amor se apagan como luces de los días de primavera cuando llega la tarde, el crepúsculo y la noche.

Sin embargo, el recuerdo alienta en el corazón marchito y lo hace vibrar un instante como las luces vespertinas con que el sol tiñe los cielos de colores alegres.



## CREPUSCULO DE ORO

Dejemos las palabras y la literatura.

Tus ojos en mis ojos, tus manos en mis manos.

Gocemos un instante este silencio único, este divino encanto.

Y nuestro amor, tan nuestro, será un resplandor de oro sobre un bosque sombrío.

## ¿A DONDE HAN IDO?

Libros, libros, ideas de otros que encienden mi entusiasmo y mi alma, en su desencanto pregunta, ¿para qué? y la obra que mi corazón soñaba, aquella que los hombres adorarían como el sol, ¿dónde está? Sueños vagos, remordimiento, informe vida perdida y tu hombro suave y tus cabellos que en un tiempo se mezclaron con los míos, ¿a dónde han ido?

## AGRADECIMIENTO

El frío, el mal, la angustia horrible de penas sin remedio, las sombras profundas que me rodean en medio del placer, se han ido al fin.

Todo está olvidado: mi corazón perdona a la vida que durante tantos años me ha herido y martirizado sin tregua como una hambriente manada de lobos furiosos sobre la extensión helada.

La resignación baña como una dulce sombra mis heridas y tristezas. Alientos poderosos hay en mi corazón ahora para hacer la obra buena, aquella que yacía perdida ayer en la bohemia sin

lumbre de mi vida y agradezco con la humildad y la fe de un creyente sencillo y rudo ante los altares resplandecientes de tu mirada de compasiva extrañeza, Oh! mujer, que engendraste en mi corazón solitario y mudo el agradecimiento y la ternura inconsciente de un día, como una aparición de primavera con tus cabellos rubios y tu sonrisa, suave como los rayos primeros del sol de la montaña, a encender de felicidad y de esperanza.

## AUSENCIA

Leo, leo con fatiga, aburrimiento, pensando vágamente...

Un nimbo amargo de sombras, de ideas, me posee.

Pienso entonces en mi desazón, en ti que estás tan lejos, cuyos ojos de oro plenos de lumbre de amor me persiguen en el ensueño y la vigilia.

## ESTIO

Y bajo el azul claro donde el estío triunfa, estoy solo e inerte en mi lecho de enfermo, ¡Mis hijos están lejos! Ellos juegan alegres bajo la clara lumbre de este cielo suavísimo.

Ellos no sabrán nunca que este deseo intenso que siento por la vida sólo nace de ellos.

En sus juegos se mezclan como rayos de sol,

ilusiones y sueños: el amor aparece entre la luz  
cambiante que juega con las hojas: una sombra,  
un relámpago que lo subyuga todo en la palidez  
honda de una faz de mujer.



## EN LA CALLE

Las luces eléctricas brillan sobre la ciudad que bulle, chilla, resuena, ruge sordamente como una bestia hambrienta, insaciable.

Y yo voy por las calles entre el bullicio sin saber adonde ir...

Mi corazón me dice: Ayer arrojaron a la tierra aquel cuerpo de mujer que era blanca como el mármol bajo las hojas y la luz. ¡Cuán hermosos eran aquellos tristes ojos negros encendidos por la pasión y la esperanza! Y aquella sonrisa que dibujaba graciosos hoyuelos en las mejillas en-

cendidas! Y aquellas blancas manos cuyo calor me parece sentir todavía en las mías cuando en las heladas noches del pasado invierno vagábamos charlando por las calles de nuestras cosas íntimas!

Así, amiga mía, te has marchado en silencio con tu dolor, y me has dejado solo!

Y ahora voy por estas calles bajo la luz de las estrellas, que compasivas y humildes me hablan de ella, siempre de ella.

## ¡ CUANDO...!

A O. Segura Castro.

Tibio y suave el sol de Primavera, la ciudad inmensa bulle, brama, rechina y brilla en un ansia insaciable de vida y de felicidad.

Frente al banco donde estoy sentado, solitario, en la parda tierra, juegan alegres las sombras cambiantes de las hojas de los árboles y sorben la vida espléndida que renace.

Y esa sombra indiferente de las hojillas locas de los árboles que mueve el viento, trae a mi co-

razón enfermo el recuerdo de la muerte que está en mí y me roe sin descanso.

¡Oh! rata trabajadora, tenaz, nunca saciada ¡cuándo descansarás, cuándo dejarás dormir esta tristeza..!



# NUEVOS CUENTOS

(No publicados en libros anteriormente)

## PESADILLAS

Convalecía de una larga y peligrosa enfermedad, y me hallaba blandamente extendido entre colchas y almohadones, sobre una poltrona, en el salón de mi casa. El doctor acababa de partir, después de aplicarme una fuerte dosis de morfina que calmara mi malestar.

Afuera caía lentamente una lluvia fina y silenciosa, y yo aspiraba con deleite de sediento, aquel penetrante olor a tierra húmeda, a viento mojado. El cielo de ceniza, pesado, triste, que divisaba a través de los cristales, se avenía bien con las

vaguedades de mis sensaciones de enfermo. De cuando en cuando, levantaba el brazo enflaquecido para fumar mi cigarro; y mientras la onda de humo me envolvía, soñaba perezosamente.

La conciencia de mi debilidad me penetraba de una amargura indefinible y deliciosa, que parecía destilar dulcemente en lo más hondo de mi corazón, cuyo secreto creía estar próximo a descubrir... Tal vez mi alma iba a estallar en un espasmo de aquel divino deleite soñado no sabía dónde y, sin embargo, la impresión se desvanecía como arrastrada por las leves espirales de humo... El tic-tac monótono de un grande y antiquísimo reloj de bronce que me miraba impasible con su esfera borrosa desde lo alto de un gran baúl de mármol negro, llegaba a mis oídos y me adormecía en el silencio de aquel gran salón desierto.

Mis párpados se cerraban, mi cerebro se oscurecía. Abrí los ojos una última vez, con esfuerzo; vi con tristeza un pedazo de cielo gris, traté de llevar a la boca el cigarro; pero mi brazo cayó pesadamente hacia atrás.

\* \* \*

Encontrábame en el mismo sitio y en la misma postura; pero mis sensaciones ¡cuánto habían cambiado! A la torpe somnolencia de poco antes,

había sucedido una lucidez extraña, llena de inquietudes y temores. Producíame miedo aquel gran salón solitario. Todo lo que me rodeaba tenía un tinte siniestro; me sentía cercado de peligros; volvía los ojos con terror hacia los antiguos muebles, hacia los grandes retratos, sobre los que se deslizaba la pálida luz invernal; hundía con angustia mis miradas en las profundidades grises y sombrías de los espejos; habría querido huir de aquel destello lívido que caía del cielo y chispeaba lúgubrementemente en las molduras negras, en los dorados, y hacía resaltar grandes sombras sobre el pavimento.

Aquellas sombras crecían y se espesaban con una rapidez increíble; parecían jugar y perseguirse vertiginosamente sobre la alfombra... Al fin me envolvían como en un negro y denso vapor, dejándome sumergido en una obscuridad profunda. Una palpitación extraordinaria, un cuchicheo indefinible me rodeaba. De pronto vi, como a través de un antejo de teatro invertido, abrirse en las tinieblas un pequeño agujero tras del cual se veía una pálida claridad, y allá al fondo, bien lejos, creí divisar dos negras figuritas humanas que avanzaban lentamente hacia mí por algún estrecho corredor; marchaban unidas paso a paso, envueltas en aquella claridad sobrenatural que yo jamás viera antes brillar

sobre la tierra; a veces se detenían un instante y parecían confundirse en un abrazo íntimo, que de aquellas figuras no hacía sino una sola; después se separaban para continuar avanzando. Y el péndulo del gran reloj de bronce parecía regular su marcha con su áspero tic-tac, y aquellas lejanas siluetas avanzaban siempre hacia mí por aquél interminable corredor, Y yo me preguntaba con pavor, ¿llegarán al fin donde yo estoy? Creí que murmuraban confusamente unas frases incoherentes empapadas en amarguras, que mi alma comprendía, que había escuchado no sabía dónde. ¿Te acuerdas...?

En otros tiempos... en otros tiempos... de aquellas miradas... de aquel perfume divino... de aquel amor que no vivió ¡ay! sino en nuestra imaginación... de aquel que murió y que jamás renacerá!

Mi corazón palpitaba con violencia, las lágrimas humedecían mis mejillas. ¿Lloraba acaso por un bien perdido para siempre, enterrado hacía largos años? No lo sabía y mi terror aumentaba.

Una ráfaga de viento heladísimo pareció borrar las tinieblas, las negras figuritas, todos; y entonces me vi de nuevo, con desagradable impresión, tendido en mi silla. Pero ahora, allá en el rincón más oscuro de la sala, donde la sombra era más espesa, había una figura blanca. Un velo

vaporoso al que la luz, de invierno daba brillantes destellos de plata, la envolvía confusamente. Habría querido levantarme de mi silla para consolar a esa extraña figura inmóvil y muda, que parecía sufrir lo que yo mismo sufría, pero una fuerza invisible me ataba a mi asiento.

De improviso ví con extrañeza que aquella figura blanca se erguía y, deslizándose como una bruma de Primavera sobre la alfombra, se aproximaba al gran reloj de bronce... Escuché un chasquido seco y sordo que resonó lúgubrementemente. El péndulo callaba, callaba, y me pareció escuchar en el silencio una frase que parecía resonar en lo más hondo de mi corazón:

¡Siempre! ¡Siempre!



## EL LADRON

(Cuento de Navidad)

Asistía en aquella tarde de primavera a una fiesta de Pascua organizada por una dama de mis relaciones en un lugar veraniego vecino a Santiago. Numerosas personas de mi conocimiento hallábanse allí reunidas: señoras, hermosas niñas, jóvenes; un pino cargado de juguetes estaba colocado en medio del gran salón de la casa; servíanse helados, cerveza, sandwichs, a los invitados. Pero el objeto principal de la fiesta era la

invitación hecha a los huérfanitos del asilo del pueblo, a los que iban a repartirse refrescos, dulces y juguetes. La Banda de Músicos del pueblo tocaba a cada instante animados valeses, marchas militares: todo era alegría, entusiasmo y animación. El hermoso y simpático rostro de la dueña de casa resplandecía de íntima satisfacción, porque el buen éxito de aquella fiesta de caridad aumentaba el prestigio social de la distinguida invitante: al día siguiente, el periódico del pueblo diría: «En casa de la caritativa señora de X, los huerfanitos del asilo tal, han pasado un agradable día de navidad».

Yo observaba con interés desde un rincón de la sala los detalles de aquella hermosa fiesta: los rostros de los pequeños huerfanitos embebidos al brillante árbol de Pascua, del que pendían tantas cosas maravillosas, farolillos, trompetas, payasos, cajas de música, muñecas, fusiles, esferas de colores; las rápidas miradas de las hermosas niñas y de los jóvenes, que pronto habían de bailar en la animada y rápida matinée con que terminaría la fiesta. El sordo zumbido de las conversaciones me adormecía.

De improvviso, en las ventanas del salón que daban a la calle, advertí la figura de un pequeño, que con las manos pegadas a los cristales y los ojos ardientes miraba atentamente hacia

adentro. El chicuelo de cuatro o cinco años, era flacucho, moreno, desarrapado, astroso; en sus grandes ojos negros había esa profunda e indefinible seriedad con que la desgracia marca como una sombra fúnebre a sus elegidos.

Llegó por fin el instante en que debían repartirse los juguetes. Después de una pieza de música por la banda militar, las señoras y algunos de los íntimos de la casa principiaron a descolgar nerviosamente los numerosísimos juguetes que pendían del árbol y a repartirlos aquí y allá entre los niños. Los huerfanitos, vestidos con sus trajes de mezclilla azul, permanecían inmóviles, formados militarmente, atentos a las órdenes de la maestra, esperando la prebenda. De pronto, en la muchedumbre de los numerosos niñitos lujosamente vestidos, entre los que se distinguían los hijos de la dueña de casa, en el barullo de aquella rapidísima repartición, vi aparecer al muchacho que antes divisara en la ventana; había entrado furtivamente al salón y trataba de ocultar su harapienta figurilla entre todos aquellos frescos trajes primaverales: nadie fijaba su atención en el intruso, porque a todos les interesaba solamente el árbol y sus tesoros.

De repente vi que el muchachuelo con rapidísimo salto, como el de un mono, llegó hasta una de las altas ramas del árbol de las que pendía un

hermoso muñeco o arlequín, el que cogió con toda seguridad; nadie excepto yo, observó el robo.

Después de la repartición de juguetes, los huerfanitos e invitados dispersáronse por el extenso parque que rodeaba las casas; y yo, no sé por qué, seguí a mi pequeño ladrón, que marchaba ahora revuelto con la chiquillería, contemplando embelesado el arlequín con platillos que se había hurtado; y aquellos ojos antes sombríos y severos, brillaban ahora húmedos de pura e inocente alegría, contemplando nerviosamente todos los complicados secretos del juguete.

Seguí andando sin perder de vista al pequeño. Este ya se detenía para contemplar largamente al muñeco, ya lo estrechaba amorosamente entre sus bracitos.

De pronto en una avenida del parque cruzada por sinuosos caminillos, sombreados por enormes pinos, vi un cochecillo o silla de ruedas sobre la que resposaba una niñita como de seis años, en la que reconocí a una de las hijas de la dueña de casa. Sabía yo que esta niñita atacada de un mal terrible, desconocido y misterioso, agonizaba desde hacía varios meses en aquel lugar veraniego, esperando la muerte inevitable.

Era bellissimo, con sus largos y ondulados cabellos rubios, su rostro dulcísimo al que la enfermedad había dado el tono inimitable del mármol.

Los nítidos ojos azules muy vagos parecían mirar muy lejos. Sus manecitas enflaquecidas, blancas como un lienzo, reposaban sobre la colcha.

Así vestida de blanco con lazos azules, el pálido rostro, los rubios cabellos, la inmovilidad de cuerpo, el silencio que la rodeaba, la sombra de los árboles, daban la impresión de una aparición seráfica.

El pequeñuelo se detuvo; toda su atención parecía haberse fijado en aquella imagen que tenía delante; el muñeco colgaba, olvidado, de una de sus manos.

Y como poseído de una sugestión misteriosa avanzó lentamente, a trancos cortos hacia el cochecito en que la niñita yacía, y con rápido movimiento cogió el muñeco con las dos manos y, respetuosamente como quien hace una ofrenda, exclamó, depositando en las faldas de la enfermita con voz ronca y breve:

—Señorita, tómelo, es tuyo. Yo se lo doy.

La pequeñita tendió las débiles manos; cogió el juguete; lo examinó un instante con un rápido resplandor de alegría en sus vagos ojos azules. Después le dijo con desmayado acento:

—Esto es tuyo; te lo han dado. Llévatelo.

El muchacho cogió el juguete, miró rápidamente a la enfermita... Después se alejó corriendo por los senderos del parque.

## UN VETERANO

(Croquis santiaguino)

Don Pantaleón Astudillo había sido teniente de guardias nacionales. A la edad de cincuenta años, durante la revolución de 1891, sintió, de súbito, despertarse en él la ambición de las glorias militares. Entonces, abandonando la cigarrería de «El Cañonazo», situada en la calle del Puente, única herencia de sus padres, fué a ofrecer sus servicios al veterano General Barboza. Le dijo: General, vengo a ofrecer a Ud. mi vida y a pedirle

una espada para defender el orden, frase que le costara largas y angustiosas meditaciones.

Se le dió el grado de teniente. En la sangrienta batalla de Concón, el capitán que mandaba la compañía a que el teniente Astudillo pertenecía, observando que durante lo más recio de la acción, éste permanecía inmóvil de bruces sobre la tierra, le preguntó.:

—Teniente, ¿está herido?

Don Pantaleón buscóse nerviosamente por todo el cuerpo una herida, y al no hallarla, exclamó con dolorido acento, sin alzarse del suelo:

—¡Qué faltará, mi capitán, para que me peguen un balazo!...

Don Pantaleón, después de terminada la contienda civil, se retiró ileso a su antigua y acreditada cigarrería, y allí no habla desde entonces a sus numerosas relaciones sino de batallas, de heridos, de sangre...! Su conversación parece encenderse con la descripción de sus pasadas proezas; y como ya no puede ponerse su glorioso traje militar, ha vestido con uno igual al más pequeños de sus hijos, con el que, todos recuerdan, se paseaba gallardamente en los días de fiestas.

Ahora, don Pantaleón es un anciano triste, desengañado. Durante la gran guerra mundial, veíase de continuo con las gruesas antiparras de hierro colado y un compás, siguiendo minuciosa-

mente sobre el mapa, cubierto de banderillas, las operaciones militares. Los visitantes, los amigos, los viejos compradores de la acreditada cigarre-  
ría contemplan con silencioso respeto la marcial figura del viejo veterano, entregado a estos cálculos y ya impotente por los años; y a la hora de la sobremesa, rodeado de numerosos comensales, excitado por algunas copas de buen vino, Don Pantaleón, suele exclamar con un hondo suspiro:

—¡Ah! Si la edad me hubiese permitido asistir a estos grandes combates, entonces me habrían visto ustedes.



## EL ESCARABAJO

Escuchad lo que un picaflor refería a unas violetas mientras aleteaba y bailaba alegremente en el aire embriagado de luz, de perfumes de flores recién abiertas, chupando insaciable la miel con su larga lengua. Les decía:

Mirad, amigas mías, ese rosal, ese viejo rosal que está allá abajo, lleno de polvo, abrasado por el sol, muriéndose de sed, con sus raíces carcomidas. Hubo un tiempo en que él y yo fuimos íntimos amigos, pero entonces estaba cubierto de frescas verdes hojas y de rosas más rojas que el

rubor de las doncellas. Ahora, ya lo veis, el pobre viejo marcha rápido hacia la tumba, ya no tiene sino una que otra escuálida florecilla y sarmientos secos que dan lástima y repugnancia, y vosotras sabéis que a mí me agradan la juventud, la belleza y los colores alegres que vosotras poseéis en grado eminente, mis dulces amigas.

Al pie de ese rosal vivía, no hace mucho tiempo una familia de escarabajos, cuyo nombre no sé ni quiero saber porque la ciencia me repugna, pero lo que no se me ha olvidado era que brillaban sobre la tierra y sobre las hojas como las esmeraldas y que tenían reflejos de arco iris. Os confieso que eran tan bellos esos colores, que varias veces la envidia se deslizó en mi corazón, y que de buena gana hubiera cambiado mi diadema tornasol por su brillante corselete.

Componíase aquella familia de cuatro animalitos, la madre y tres hijos; el padre había muerto a consecuencia de un accidente muy común en esta raza de escarabajos que se arrastran; un día el jardinero le puso el pie encima y...

La madre y sus hijos vivían felices a pesar de su orfandad; nuestra buena madre tierra les daba todo lo que necesitaban para su sustento y conservación; cómodas y abrigadas habitaciones entre las raíces del rosal y abundante alimento en los mil gusanillos incautos que se aventura-

ban cerca de su vivienda. Su corselete impermeable y durísimo les libraba del frío y de la necesidad de usar y lucir lujosos trajes.

La menor de las tres hermanas tenía un espíritu inquieto, ardiente... Muchas veces, marchando sobre el fresco césped en busca de su comida, había experimentado sensaciones indefinibles, extraños deseos de saber, de conocer muchas cosas; y como ella misma no se daba cuenta con fijeza lo que habría querido, sufría y se quedaba a veces meditabunda.

Una mañana de primavera, antes que el sol hubiese aparecido tras de las montañas lejanas, paseábase solitaria a inmediaciones de la casa maternal, habiendo visto un pequeño gusanillo que venía arrastrándose torpemente por una de las ramas del rosal, se lanzó en su persecución y subió rápidamente tras él; pero apenas había dado algunos pasos se detuvo llena de turbación. Allá, arriba, a través de las enmarañadas ramas negras, brillaba, resplandecía algo muy azul. ¿Y qué era lo que había allá arriba? Habría querido ir sin demora a conocerlo, a hundirse en aquel húmedo, sombrío, desconocido y lejano azul que parecía llamarla a ella, la pobrecilla que se veía sin fuerzas para llegar hasta él. Y permanecía, en tanto, arrobada, llena de desesperación hasta que vio que aquello de azul que

era se teñía en un tenue color de oro. Una inmensa y universal explosión de cantos, de luz, de perfumes, de armonías parecía saludar aquel áureo y extraño resplandor.

Y el animalillo, hundido en el polvo, embriagado de ternura y agradecimiento, adoraba y bendecía aquella gloria suprema.

Su alma se estremecía de dolor y de ternura al pensar en que por fin había descubierto el objeto de sus inciertos deseos: era esa azul, esa luz lejana lo que ella soñaba poseer.

Mientras su madre y sus hermanas jugaban, sobre la yerba húmeda bañada por el sol de la mañana, ella, encerrada en el rincón más oscuro de su morada subterránea, daba curso a sus pensamientos. Soñaba sueños de suprema felicidad vagando en aquellos distantes horizontes, en una vida nueva y espléndida, llena de eterno amor, de eterna juventud; y para ello era menester subir más arriba y estrechar aquello que tan dulcemente palpitaba entre las ramas y las hojas verdes.

Un día le oprimió el corazón una angustia inmensa: una mariposa que iba aquí, allá, conversando con las flores, se detuvo cerca de ella; bañada en la húmeda grama de su cuerpecito fatigado y ardiente. Después, inconstante, tendió el

vuelo haciendo zigzag en el aire, y ella la vió alejarse allá por fin.

Llegar a la cima del rosal, posarse sobre una hoja y confundir sus variados colores, sus ridículos colores con el azul, con el eterno azul.

En la noche mientras todo dormía salió furtivamente, como un criminal de su agujero subterráneo. Su corazón palpitaba de miedo y de placer al encontrarse en medio del silencio y la obscuridad.

Principió a subir trabajosamente el rugoso tronco del rosal. Cada excrescencia de la corteza era un precipicio para sus débiles fuerzas. Al paso el camino estaba cubierto de espinas agudísimas que herían y destrozaban su pobre cuerpecillo fatigado: su sangre blanca corría, pero ella experimentaba un placer amargo, una voluptuosidad secreta; el aliento le faltaba; se detuvo un instante a descansar y se vió rodeada de tinieblas y siguió adelante ciegamente. De repente sintió que el rosal entero se agitaba como si fuera a ser violentamente arrancado. La lobreguez de la noche era turbada por luces rápidas y lejanas que iluminaban siniestramente la tierra; y la llama de inmenso amor que quemaba su alma le daba siempre nueva fuerza.

Largo, largo tiempo marchó rabiosamente en medio del viento tempestuoso, el estallido del

rayo, la lluvia y la obscuridad; al fin, sus fuerzas estaban agotadas. Hizo un último y desesperado esfuerzo; y entonces sintió que marchaba sobre una superficie desigual y sedosa, un perfume penetrante llegaba hasta lo más hondo de su ser despedazado; se dejó caer extenuada en una cavidad que se abrió repentinamente a sus pies; le pareció que descendía a lo largo de una pared blanda y suave y que el perfume que aspiraba iba en aumento. Llegó al fondo de aquella cavidad desconocida y allí se apoderó de ella una laxitud, un bienestar inmenso, y se quedó profundamente dormida.

Al despertar vióse recostada en el cáliz de una purpúrea que había abierto durante la noche; sus pétalos cuajados de rocío, temblorosos de amor y de felicidad, parecían acariciarla llenos de timidez y de ternura y decirle: «¡Oh buena amiga, no te vayas: comparte con nosotros el primer beso de la aurora».

Y el animalillo gozaba en su corazón, y permanecía mudo de sentimiento:

—Les habría dicho:

«¡Ah! buenos amigos; yo os amo; yo moriré por vosotros, si lo quereis; pero por ahora, necesito llegar a un país azul que he visto desde la tierra».

Y en ese instante ella vió algo que tenía clari-

dades de llama, diáfanos tonos de la primera luz, perfumes de inocencia, sueños jamás soñados! y enloquecida, trémula, sin aliento, ahogada por la dicha, trepó a lo alto de una hoja de rosa que temblaba.

¡Por fin! Aquí está el azul, el profundo azul!

Un viento de nieve soplaba de las lejanas montañas que despertaban entre la bruma de los valles y el resplandor, verdoso, diáfano de la mañana; un viento de nieve venía de la inmensa y verde extensión, de las dormidas alamedas, de las sombrías lagunas.

Entonces ella avanzó más arriba aun, y se sintió perdida, rodando, en el espacio, arrebatada para siempre en una agonía de inmensa felicidad por el viento glacial que la acercaba al azul, siempre al azul.



# BIOGRAFIA

· *Apuntaciones bibliográficas*

## VIDA DE FEDERICO GANA

Hasta el inverosímil cenáculo de la calle Morandé, en donde se congregaban, buscando novedosa charla, muchos de los poetas que figuraron en la antología «Selva Lírica» (años 1916-1917), también llegó, con su figura negligente y señorial, el sugestivo escritor Federico Gana.

Pertenecía al grupo de nuestros artistas selectos.

Habíase destacado, con inconfundibles relieves, entre los mejores prosistas chilenos, desde que publicó en la Revista «Zig-Zag», algunos de sus hermosos cuentos, y después una serie ininterrumpida de sus «Manchas de Color», obra de creación suya y que es la que mejor refleja los emocionales matices de su alma de bohemio.

A más de algún genealogista le interesará saber que nuestro escritor nació el 15 de Enero de 1868 y fué el hijo mayor del Ingeniero don Federico Gana Munizaga y de la distinguida dama señora Rosario Gana Castro.

Veintidós años de edad tenía, el 13 de diciembre de 1890, cuando don Federico Pablo Gana y Gana recibió su título de Abogado. De inmediato fué nombrado segundo Secretario de la Legación de Chile en Londres, situación que cesó con motivo de la revolución anti-balmacedista.

Al lado del notable jurista don Marcial Martínez estuvo Federico Gana algún tiempo, sin lograr mimetizarse entre el ambiente jurídico-económico del papel sellado. La vida artística rebalsaba en su dialecto espíritu, y nada pudo contra él la vulgaridad de la jerga de tribunales.

En este sentido Gana fué un rebelde. No se cimentó como profesional; pero cumplió su verdadero destino: triunfar como escritor.

---

Casó con doña Blanca Subercaseaux del Río, en abril de 1903, y de ese matrimonio proceden sus hijas Blanca, Olga, Marta y Luz, y su hijo último José Francisco Gana Subercaseaux. Doña Marta casó con el señor Luis Undurraga Fernández, y doña Blanca con el internacionalista y diplomático señor Luis Fernando Guachalla, hijo de don Fernando Guachalla, que murió siendo Presidente electo de Bolivia. Toda una cosecha seleccionada y prolífica.

---

La obra literaria de Gana fué escasa y algo accidentada.

Cuando aun era estudiante de Leyes, aparece, a fines de 1890 como uno de los redactores de «La Actualidad», periódico de los Lunes, junto con Narciso Tondreau, Julio Vicuña Cifuentes y Enrique Matta Vial. Esa esfímera publicación duró dos meses y medio.

Después de su estada en Europa, y sólo en 1894 resurge con su cuento *Por un perro*, en el *Año Literario*, revista mensual que dirigía Gustavo Valledor Sánchez. Años más tarde el autor compendia este cuento y lo publica con el título: *Un carácter*.

Fundada en diciembre de 1900 la revista «Pluma y Lápiz», asoma nuestro escritor entre los redactores de ese semanario, aunque sin dejar huella ostensible de su labor.

Fué en «El Rosario», extensa heredad de sus padres ubicada en la antigua provincia de Linares, en donde, como en algunas otras comarcas chilenas, tuvo ocasión de observar las costumbres de nuestro pueblo y singularmente de nuestros campesinos. Su pupila de fino observador reflejó con tal propiedad los paisajes, episodios y costumbres que puede decirse que el autor copió del natural el colorido de sus narraciones y la emotividad de sus héroes y heroínas.

De sus cuentos, algunos publicó en la revista «Zig-Zag» a partir del año 1906, y en 1916, nueve de los mejores de aquellos formaron su notable volumen «Días de Campo» que fué su consagración como estilizado cuentista.

Por aquella época, Pedro Prado, Fernando Santiván, Ángel Cru-chaga, Ernesto Guzmán, Armando Donoso y otros artistas y escritores constituían el modernizante y vanguardista grupo «Los Diez» que ostentó a Federico Gana como uno de sus más genuinos componentes. Entre las ediciones de obras literarias que propició ese grupo de intelectuales figuró la de «Días de Campo» ya aludida.

El mismo semanario «Zig-Zag», sin recordar otras publicaciones que se mencionarán en la Bibliografía que completa esta Vida, ofreció en sus mejores páginas ilustradas los poemas en prosa que Gana intituló *Manchas de Color*. Las primeras de éstas aparecieron en 1914 y las últimas en 1924.

No son de relegar al olvido las crónicas de arte y las entrevistas a escultores, pintores, y otros cofrades y aun a flamantes políticos, con que nuestro autor hubo de interrumpir la inserción periódica de sus «Manchas» y otras filigranas en prosa.

Después, viene un vacío en la producción literaria de Federico Gana.

Y cuando ocurre su muerte, —el 22 de abril de 1926,—ese vacío fué interrumpido para musitar de memoria y publicarle algunos de sus poemas, así como para loar justicieramente la hermosa cuanto exigua obra del artista. Se reconoció que en sus cuentos y en sus «Manchas de Color» habían vibrado no pocos gestos sentimentales y dramáticos propios del alma chilena.

Los Poemas de Gana no se asemejan a los Pequeños poemas en prosa, de Carlos Baudelaire, como no sea en la fuerza espiritual y creadora que entre unos y otros se observa. Los del escritor chileno son más sintéticos que los del poeta francés. En suma, las «Manchas» de nuestro prosista ostentan el colorido del paisaje chileno y el matiz costumbrista criollo nuestro, a la vez que la gama poética, triste y soñadora, en que se exteriorizaron la aristocracia de su espontánea bohemia y la originalidad de su propio sentir.

J. M. N.



## BIBLIOGRAFIA

Cuentos, «Manchas de Color», crónicas de arte y artículos de Federico Gana, publicados en Chile y en el Exterior (1).

### EN LIBROS

La Joven Literatura Hispano Americana, por Manuel Ugarte, Librería Armand Colin, París, 1.<sup>a</sup> edic., 1905. Págs.

---

(1) La presente Bibliografía no habría resultado tan completa sin la cooperación de los jóvenes estudiantes Alfredo Irisarri Guzmán y Julio Molina Müller, cuyas búsquedas de datos en las Bibliotecas han sido, sin duda, entusiastas y acuciosas.

108-13. *Días de Campo: Una mañana de Invierno.* (Una parte del cuento «La Maiga»).

Ugarte dice de Gana: «Pertenece al grupo de los que intentan utilizar las costumbres de la región y hacer arte nacional».

*Velas del Ateneo.*—Santiago. Imprenta y encuadernación Universitaria. 1916. 1.<sup>a</sup> edic.

«La Maiga», cuento, (págs. 99-107).

*Días de Campo.*—Cuentos. Ediciones de «Los Diez». Imprenta Universitaria. Santiago. 1916. 1.<sup>a</sup> edic. Contiene los siguientes cuentos: *La Casa*, (págs. 9-12); *La Maiga*, dedicado a René Brickles, (13-24); *En las Montañas*, dedicado a Nicolás Peña, (25-36); *Casa Vieja*, (37-50); *Paulita*, (51-64); *El Forastero*, (65-76); *El Clavel Rojo*, dedicado a Francisco Contreras, (77-86); *Candelilla*, (87-100); *Confidencia*, (101-108); *Un Carácter*, dedicado a Gustavo Valledor Sánchez, (109-116); *Crepúsculo*, (117-128); *La Señora*, dedicado a Antonio Bórquez Solar, (129-141).

Esta obra está dedicada: «A una sombra.—A tí, sombra severa y venerada, sombra noble, romántica y caballeresca, este libro concebido en los albores de mi lejana adolescencia».

*Federico Gana. Cuentos.*—Editorial Nascimento. Santiago. 1926. 1.<sup>a</sup> edic. 198 páginas.

Contiene: Prólogo, de Tomás Gatica Martínez, (págs. 7-10). Primera parte. Cuentos inéditos y recopilados de revistas y periódicos: *Confidencia*, (15-18); *Un Amigo*, (12-26); *Los Pescadores*, (29-36); *La Historia del Pobre Giuseppe*, (39-44); *Visperas de Boda*, (47-66); *La Jorobada*, (69-77).

Segunda parte. Reproduce toda la obra «Días de Campo» bibliografiada anteriormente, (págs. 81-198); excepto el cuento *Confidencia*.

dencia, que se inserta en la primera parte, siendo que figura en el volumen «Días de Campo», publicado en el año 1916.

Respecto al cuento «Un Amigo» cabe advertir que en los manuscritos originales de Gana, figura bajo el título de «Días de Campo» y que en el cuarto párrafo del mismo cuento reviste en dichos originales esta forma: «Y llegan y me rodean mis amigos de entonces, los mejores, aquellos que poseían todas las virtudes de los hombres sin tener ninguno de sus defectos: mis perros de caza».

Catorce Cuentos Chilenos.—Biblioteca Zig-Zag. Selección de Luis E. Délano. Santiago. 1932. 148 páginas.

El primero de estos catorce cuentos es el titulado «La Señora», de Federicó Gana, a quien Délano consagra estos elogios: «Como casi toda su obra, «La Señora» es una joya brillante y pulida, delicada y fina, a pesar del ambiente de campo, al cual robó Gana unos cuentos y unas manchas sencillamente notables.

La obra de este escritor ha hecho que se le clasifique entre los grandes cuentistas chilenos y se le compare a Lillo, a Maluenda y a d'Halmár».

#### EN REVISTAS LITERARIAS

El Año Literario.—Revista mensual. Redactor: Gustavo Valledor. Santiago. 1894. «Por un Perro», cuento, por Federicó P. Gana y G.

La Revista Nueva.—Revista mensual. Santiago. 1900-1903. 1901. Enero—«Impresiones de Infancia», «Regina», cuento. (Págs. 123-130).

Zig-Zag.—Revista semanal. Santiago. 1905-1932. 1906. Mayo 13.—«En las Montañas», cuento. Es el mismo que figura anteriormente con el título de «Regina».

Junio 10.—«Casa Vieja», cuento.

1909.—Julio 31.—«La Capa Encarnada» (De las memorias de un bohemio).

1914.—Mayo 16.—«Manchas de Color» (1): «En Blanco», «Media Tinta», «La Copa Vacía», «Paisaje», «Rayo de Sol», «Sombra» (En la alta...).

Julio 18.—«Manchas», «Navidad», «Silueta» (Ahí en el sofá de mármol...), «Primaveral», «Interior», «Londres», «Voces Intimas».

Agosto 1.º —«Constantinopla Moribunda», cuento de Claude Farrère, traducido por Gana.

Septiembre 12.—Manchas; «Marina», «Boceto», «Vagando...» «Enigma» (En el fondo...) (2).

Octubre 3.—Días de Campo: «El Clavel Rojo».

Diciembre 12.—Manchas: «La Virgen Inglesa», «Al Pasar». (Después de tres años...). «Recuerdos», «Diálogo Secreto».

1915.—Febrero 6.—Manchas: «Resurrección», «Medallón», «Antaño», «Sombra» (Ya no será posible...), «Luz».

Febrero 13.—«Enigma» (Bebía sin ton ni son...).

Octubre 16.—Manchas: «Antes», «Pesadilla», «Humo», «Al Pasar» (Es en vano...).

1916.—Febrero 12.—Con el pintor Rebolledo Correa.

Febrero 19.—Manchas: «Despertar» (Dulce niña...), «Matinal».

Abril 15.—Manchas: «Cuento», «Inocencia», «Estío» (Tú y yo frente...).

---

(1) En adelante se denominarán: «Manchas».

(2) Precede a estas cuatro últimas «Manchas» la composición de Gana que empieza: «Esta es la tela efímera y sombría».

En el estudio de Raúl Silva Castro publicado en «Atenea» en 1926 aparece esta poesía bajo el nombre de «La telaraña». En otro ejemplar, la composición aludida figura con el título de «La Araña» y copiada como si fuera un poema en prosa.

- Junio 24.—Siluetas de artistas: «Simón González».
- Agosto 12.—«En el taller de Valenzuela Llanos».
- Agosto 19.—Manchas: «Otoño», «Primavera» (En el jardín...).
- Octubre 14.—Siluetas de artistas: «Francisco Zapata Lillo».
- Octubre 21. Manchas: «Noche de Invierno», «Medio Día».
- Diciembre 2.—«Rubén Darío Anecdótico». Recuerdos de Manuel Rodríguez Mendoza. Como se escribió el canto épico a las glorias de Chile y otras poesías.
- Diciembre 23.—Manchas: «La Sombra», «Escena».
- Diciembre 30.—Cuento de Navidad: «El Ladrón».
- 1917.—Enero 13.—Con el Ministro de México, Excmo. Señor Isidro Fabella, por «F. G.».
- Enero 27.—Manchas: «Angustia». (Por la estrecha senda...), «La Pieza Cerrada».
- Marzo 17.—«Las Tres Gotas de Leche». Traducción inédita del último libro de Claude Farrère (Histoires des Soldats), por Federico Gana.
- Julio 21.—Manchas: «Angustia» (Por la estrecha senda...), «La Pieza Cerrada»
- Julio 28.—Manchas: «Lejos», «Vaguedad», «Hacia el Fin».
- Septiembre 8.—Manchas: «Silueta» (Rodeada de rosas...), «Solo».
- 1918.—Enero 5.—Manchas: «Vagancia», «Imagen Lejana», «Diálogo Breve».
- Abril 20.—Manchas: «El Arbol Viejo», «Estío» (Ardiente, nebuloso...), «Pensando».
- Agosto 31.—Manchas: «Primavera» (Vapor de rosas...), «Calma», «Lluvia de Otoño», «El Retrato».
- 1919.—Enero 18.—Mancha: «La Casa Natal».
- Febrero 22.—Mancha: «Pesadilla».
- Abril 5.—Croquis santiaguino: «Un Veterano».
- Junio 21.—Manchas: «Confesión», «Confidencias».

Julio 19.—«Yo tengo una Canción que sólo es mía. (Cuadro de don E. Lynch).

Julio 26.—Encuesta literaria sobre el progreso intelectual de Chile con don Rafael Egaña.

Agosto 2.—Recuerdos de adolescencia literaria. «El Círculo de Amigos»; «El primer Ateneo de Santiago»; «El Club de Progreso»; «El Año Literario».

Agosto 16.—Encuesta literaria sobre el progreso intelectual de Chile. «Con don Joaquín Walker Martínez».

Agosto 30.—Mancha de Color: «Entramos bajo las nieblas del Otoño».

1920.—Enero 10.—«Francisco Contreras. Un escritor chileno en París», por Federico Gana.

Enero 24.—«Las víctimas del fuego: Germán Tenderini, Adolfo Ossa y varios otros».

Febrero 14.—Manchas: «Nocturno» (Los faroles eléctricos...), «Recuerdo». (En cuanto al Nocturno, el texto de la Revista difiere en algo del manuscrito original, por lo que se ha seguido éste al fijar el texto de la Mancha aludida para incluirla en el presente libro.

Marzo 13.—«El Escarabajo», cuento.

Abril 10.—Manchas: «Claro de Luna», «Otoñal».

Abril 24.—«Los grandes de nuestro Museo de Bellas Artes. Corot Juan Bautista».

Mayo 8.—Manchas: «Indecisas...».

Julio 10.—Manchas: «¿A dónde ir?», «Ensueño».

Octubre 16.—«Con don Marcial Martínez de Ferrari».

Noviembre 6.—«Un recuerdo de Balmaceda».

Diciembre 12.—«Una incorrección administrativa». Este cuento se publicó (Atenea, Septiembre, 1930) con el título «En Capilla».

1921.—Julio 16.—Manchas: «Aquella Noche», «Despertar».

1922.—Junio 17.—Manchas: «Angustia» (Mi alma está...), «La Cuba».

- Julio 29.—Manchas: «Días de Invierno», «Diálogo».
- Agosto 26.—Manchas: «Venganza», «Dejemos...». (En los escritos originales de Gana, esta última aparece con el título de «Crepúsculo de Oro», que es el que se adopta en la compilación de las Manchas).
- Noviembre 4.—«Despertar» (Llega el alba...), «Después...» (Ya llegó el sol).
- 1924.—Abril 5.—«Los colaboradores de los mil números de Zig-Zag». (Aparece Gana).
- 1926.—Mayo 1.º—Manchas: «Primavera» (En el jardín abandonado...).
- Diciembre 25.—Mancha: «Navidad».
- 1928.—Abril 24.—Manchas: «Me miro vagamente...», «Primavera» (Cantan las golondrinas...), «Amanecer» (Todo resplandece, el aire, el sol...).

**S u c e s o s.**—Revista semanal. Santiago.

- 1915.—Septiembre 16.—«Un Carácter», cuento.
- Octubre 28.—Días de Campo: «Confidencias».
- 1916.—Junio 24.—«Simón González».
- Mayo 1.º—«Don Marcial Martínez».
- 1917.—Febrero 22.—Siluetas de artistas: «Juan Francisco González».
- 1928.—Septiembre 18.—«Vísperas de Boda», cuento.

**S e l v a L í r i c a.**—Revista de Arte, Letras y Actualidades. Número 1, Agosto de 1917, Santiago.

- 1917.—Septiembre.—Manchas: «Rayo de Sol».

**S i l u e t a M a g a z i n e.**—Revista mensual. Santiago. Primer número: Enero de 1917.

- 1917.—Abril 8.—Del tiempo viejo. «Conversando con don Francisco Gandarillas».

Universo.—Revista. San José de Costa Rica.

1917.—Abril.—«Un Carácter», cuento.

Juventud.—Revista de la Federación de Estudiantes de Chile.

Edición de Artes, Ciencias y Letras. Director: Roberto Meza Fuentes. (1918-1922).

1919.—Noviembre y Diciembre.—Manchas: «Primavera» (Cantan las golondrinas...), «Amanecer» (Todo resplandece...).

Chile Magazine.—Revista mensual. Primer número: Agosto de 1921. Santiago.

1921.—Octubre.—Manchas: «Ante la Sombra», «Ansia», «Después» (Te he visto...).

1922.—Febrero.—Manchas: «Sol Primavera», «Tristeza», «La Visita».

Septiembre.—Manchas: «Sol de Otoño», «Los Niños», «Apuntes de Arrabal», «Melancolía».

Para Todos.—Revista quincenal. Santiago.

1927.—Octubre.—Manchas: «Primavera» (Cantan las golondrinas...), «Amanecer» (Todo resplandece...), «Me miro vagamente...».

Atenea.—Revista mensual de Ciencias, Letras y Bellas Artes de la Universidad de Concepción. (1924-1932). Primer número: Abril de 1924. Director: Enrique Molina Garmandía.

1924.—Agosto.—Manchas: «Londres», «La Virgen Inglesa», «Sombra», «Los Caminos», «Madrigal».

Diciembre.—Manchas: «Después» (Te he visto dormir...), «Yo tengo un Alma», «La Cuba», «Confidencia», «Ante la Sombra».

1926.—Septiembre.—«La telaraña». (Mancha de Color en verso).

1930.—Septiembre.—«En Capilla», cuento.—Nota de la Revista: «Pocos años antes de su muerte, Federico Gana entregó

el cuento que sigue al secretario de redacción de una revista entonces en boga. Este trabajo, por razones variadas, no pudo ver la luz en esa publicación y ha permanecido hasta hoy inédito. Lo damos como un homenaje al autor de «Días de Campo», seguros de satisfacer a los numerosos admiradores del escritor desaparecido».

Chile.—New York. May. 1928. Vol. V. Number 25. «Señora»,  
Astory of country life in Chile, by Federico Gana.

### EN DIARIOS

Las Ultimas Noticias.—Santiago. 1916. Noviembre 11. Si-  
luetas de artistas: «Alberto Valenzuela Llanos».

El Mercurio, de Santiago. 1927. Abril 10. «Los Pescadores»,  
cuento.



## INDICE

	<u>Págs.</u>
PARRAFOS LIMINARES.....	7
MANCHAS DE COLOR:	
En blanco.....	11
Media tinta.....	13
Rayo de sol.....	15
La copa vacía.....	17
Paisaje.....	19
Sombra.....	21

Siluetas.....	23
Primavera.....	25
Interior.....	27
Londres.....	29
Voces íntimas.....	31
Navidad.....	33
La telaraña.....	35
Marina.....	37
Boceto.....	39
Vagando.....	41
Enigma.....	43
La Virgen Inglesa.....	45
Al pasar.....	47
Recuerdos.....	49
Diálogo secreto.....	51
Resurrección.....	53
Medallón.....	55
Antaño.....	57
Sombra.....	59
Luz.....	61
Enigma.....	63
Antes.....	65
Pesadilla.....	67
Humo.....	69
Al pasar.....	71
Despertar.....	73
Matinal.....	75
Cuento.....	77

	Págs.
Inocencia.....	79
El árbol viejo.....	81
Estío.....	83
Otoño.....	85
Primavera.....	87
Noche de invierno.....	89
Mediodía.....	91
La sombra.....	93
Escena.....	95
La pieza cerrada.....	97
Angustia.....	99
Lejos.....	101
Vaguedad.....	103
Hacia el fin.....	105
Silueta.....	107
Solo.....	109
Vagancia.....	111
Imagen lejana.....	113
Diálogo breve.....	115
Estío.....	117
Pensando.....	119
Primavera.....	121
Calma.....	123
Lluvia de otoño.....	125
El retrato.....	127
La casa natal.....	129
Confesión.....	131
Confidencia.....	133

	Págs.
Entramos.....	135
Me miro vagamente.....	137
Primavera.....	139
Amanecer.....	141
Nocturno.....	143
Recuerdo.....	145
Claro de luna.....	147
Otoñal.....	149
Indecisos.....	151
¿A dónde ir?.....	153
Ensueño.....	155
Aquella noche.....	157
Despertar.....	159
Ante la sombra.....	161
Después.....	163
Ansia.....	165
Sol primaveral.....	167
Tristeza.....	169
La visita.....	171
Angustia.....	173
La cuba.....	175
Día de invierno.....	177
Diálogo.....	179
Venganza.....	181
Resplandor de oro.....	183
Sol de otoño.....	185
Los niños.....	187
Apuntes de arrabal.....	189

	Págs.
Melancolía.....	191
Despertar.....	193
Después.....	195
Yo tengo un alma.....	197
Madrigal.....	199
Los caminos.....	201

### OTRAS MANCHAS DE COLOR:

Botón de rosa.....	205
El vagabundo.....	207
Todo muere.....	209
Crepúsculo de oro.....	211
¿A dónde han ido?.....	213
Agradecimiento.....	215
Ausencia.....	217
Estío.....	219
En la calle.....	221
La última «Alondra»: ¡Cuándo...! (1).....	223

### NUEVOS CUENTOS:

Pesadillas.....	227
El ladrón, (cuento de Navidad).....	233
Un veterano, (croquis santiaguino).....	239
El escarabajo.....	243

### BIBLIOGRAFIA:

Vida de Federico Gana.....	253
Bibliografía.....	257

---

(1) Inédita.